

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 735.

## SUMARIO.

**Expedicion de Corea;** grabados. — **Arqueología.** — **Cuadro de costumbres.** — **La insurreccion cretense;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Poesia.** — **Madrid.** — **La Equitacion, por stop;** grabados. — **Crichton.** — **Una caceria imperial en Fontainebleau;** grabados. — **Juan Augusto Domingo Ingres;** grabado. — **Servicio divino celebrado en Blidah despues del terremoto;** grabado. — **Victor Cousin;** grabado. — **La Marquesa de Pinares.** — **Las obras del puerto del Havre;** grabado. — **La fragata la « Perseverante » en el dique flotante de Saigon;** grabado.

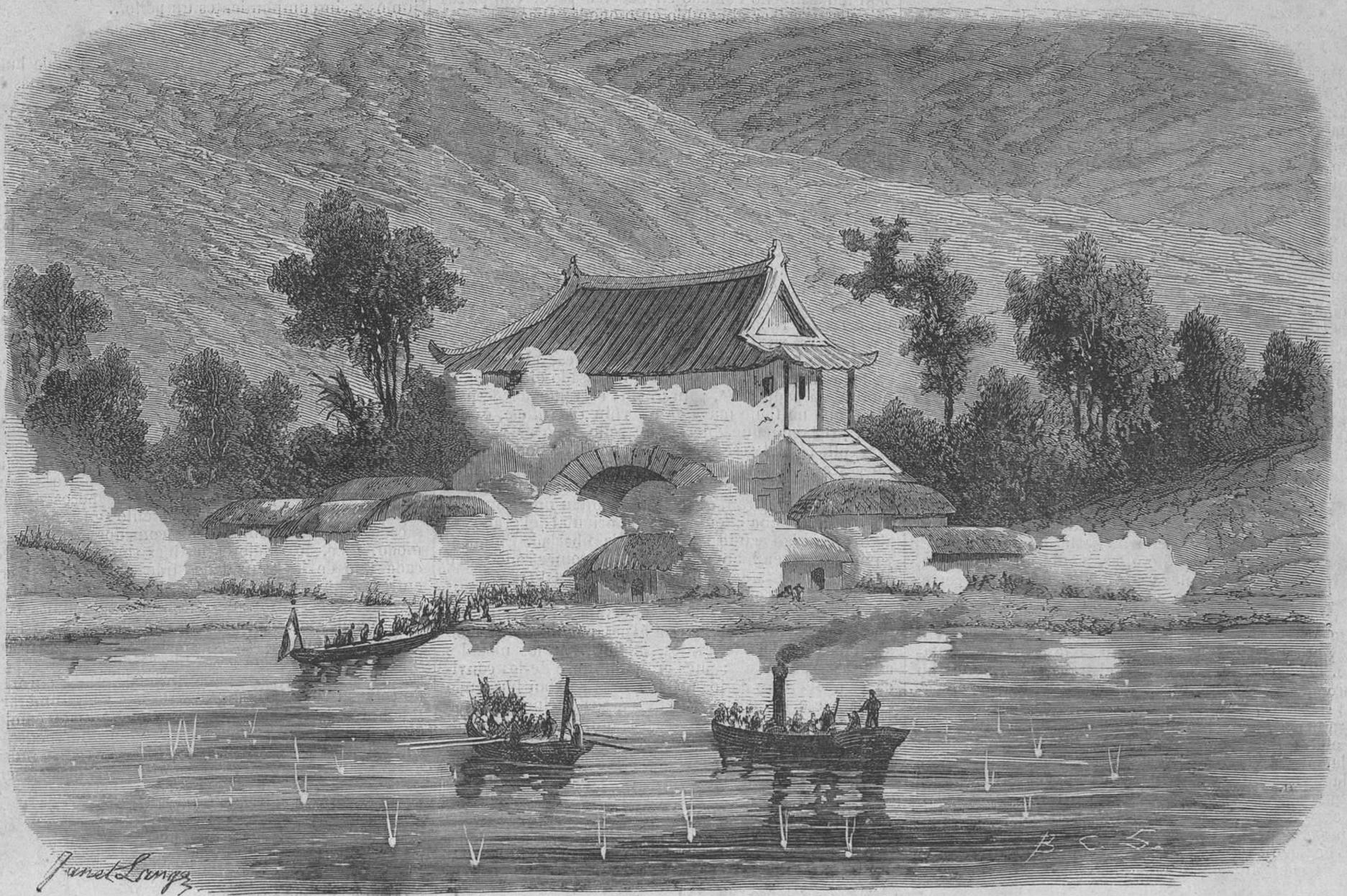
## Expedicion de Corea.

Durante largo tiempo se han confundido en las imaginaciones europeas con el nombre de China y Japon todas las comarcas del extremo Oriente; bueno será pues que se rectifiquen tales errores.

La Corea es una vasta peninsula confinante con la Mandchuria, el mar Amarillo, el mar del Japon y casi la China, de la que solo la separa un brazo de mar. Por su poblacion figura entre los chinos propiamente dichos, y los tártaros mandchus. El coreo pertenece á la raza amarilla; sin embargo, se hallarian notables diferencias entre él y el malayo, el verdadero tipo de esta

raza que, contando bien, seria la mas numerosa del globo. Por lo demás, tiene sus mismos defectos caracteristicos. Es avaro, cruel, y solo se muestra arrojado cuando tiene el triunfo bien seguro.

Así como en todos los paises del extremo Oriente, en Corea reside la autoridad soberana en un rey que reina, gobierna y administra despóticamente. En otros tiempos este principe reconocia la suzerania de la corte de Pekin y de Zé-Holl, pero hoy, si continúa pagando un ligero tributo, es por complacencia, pues vive independiente y no pierde ocasion alguna de darlo á conocer. Si necesitáramos apoyar con pruebas este aserto, las hallariamos justamente en los hechos que han motivado la expedicion del almirante Roze. Desde 1854, la



EXPEDICION DE COREA. — Accion del 26 de octubre.

Corea pasaba por un país abierto al comercio europeo. Franceses, holandeses, ingleses y americanos enviaban allí sus buques y se iban multiplicando las factorías. La entrada en Pekin y las visitas armadas á los puertos del Japon produjeron este resultado. Ahora bien, justamente desde entonces tomó mas incremento la piratería de la Corea; y todo esto por causa del príncipe que quiere permanecer aislado sin tener que dar cuenta á nadie de los abusos que hace de su autoridad.

Hasta hoy se ha estudiado poco la Corea. Sin embargo, los buques ingleses recorren hace largo tiempo aquellos mares, y han puesto nombres británicos á los diversos grupos de islas que componen aquel vasto archipiélago, y allí se encuentran ahora los Amhurst, los Clifford, los Broughton, los James Hall. Todo el que quiera saber pormenores acerca del país y las costumbres de los habitantes, debe buscarlos en la *Colección de las cartas escritas por los misioneros apostólicos*. Estos hombres tan dignos de alabanza, poseen numerosos establecimientos en aquellas regiones, y á pesar de lo mucho que les persiguen, no han cesado jamás de hacer la propaganda y de aumentar el número de sus prosélitos.

En estas cartas hemos leído que la Corea es uno de los países mas feraces que hay en el mundo. Sobre todo se recoge allí mucha seda, mas sólida y mejor que la de la China. Esto y maderas muy variadas y aromas, sería el objeto principal de los cambios con los europeos. En cuanto á industria no hay en la Corea talleres donde los operarios y los artistas puedan luchar con los de Ning-Po y de Canton. Los mejores artesanos son todos del Celeste Imperio, y se les reconoce perfectamente, pues la lengua corea no es la china, sino que es un término medio entre la que hablan en Shang-Hai y la de la Mandchuria.

Las costumbres de los coreos se parecen mucho á las de los chinos de las provincias setentrionales; mas si se llegara en derechura de Canton ó de Hong-Kong á Kang-Hoa ó á Say-Oul, se hallarían grandes diferencias, lo mismo, por ejemplo, que entre Amsterdam y Nápoles. El coreo se alimenta principalmente con arroz. Cuando la cosecha del país no es suficiente, lo piden á China, á veces á Singapur y á Pulo-Pinang. Los hombres del pueblo beben abundantemente una especie de aguardiente de grano con el que se embriagan; pero rara vez se ve entre ellos algun fumador de opio.

En suma, si se quiere penetrar libremente hasta los límites del Asia setentrional, es preciso que la Corea no sea inhospitalaria, y el comercio de Europa hallará recursos en el país.

G. B.

## Arqueología.

### BANQUETES ATENIENSES.

(Conclusion.)

De esta suerte reinaba en la mesa ateniense el pescado en todas sus variedades. La ictiofagia (comida de pescado), convertida en un gusto vivo y dominante, en una pasión, en una manía invencible, proporcionó al poeta Arquipo materia y objeto para un drama alegórico y bufo, en que los habitantes de las aguas concluían, por medio de un tributo anual, un tratado de paz con el pueblo bárbaro que despoblaba sus reinos. Un gran comedor de pescado, fuese quien fuese, tenía derecho á la benevolencia é indulgencia del pueblo ateniense, y aun era un título para ser indultado, en caso de traición política y de crimen de estado. El orador Hipérides habia, como otros muchos ciudadanos, recibido dinero de Harpalo; « Perdonadle, dijo Timocles (1); ¡es tan amigo del pescado! Si le castigais, reduciréis á la miseria á muchos vendedores de pescado fresco. » Contábase sobre esto excelentes cuentos; y la historia de ese Filojeno, que desahuciado por los médicos, y estando muriéndose de indigestion, queria acabar de engullirse al menos, antes de pasar la Estija, el sollo que la habia causado; esa historia, digo, traducida en inglés por Pope, y en francés por el alegre Lafontaine, ha llegado hasta nosotros al través de las edades, é inmortalizado la glotonería ateniense.

El vendedor de pescado gozaba en Atenas de un verdadero poder. Era un personaje. Dábase mucha importancia, y era, como la mayor parte de los hombres útiles ó necesarios, orgulloso, arrogante, irónico, rapaz, poco escrupuloso en elegir los medios de enriquecerse, diestro en engañar á los compradores, fecundo en astucias y tan intrigante como denodado. Ya se trataba de halagar á ese hombre singular, ya se le atacaba de frente, y era entregado en la escena á la risa del populacho. Linceo de Sámos se tomó el trabajo de escribir un libro *ad hoc*, verdadero código del comprador de pescado; trató que contiene todas las reglas necesarias para grangearse la benevolencia del vendedor de pescado. Es el arte de la seducción aplicada á la ciencia de la gula, el manual de la cortesía que se requeria para ablandar el alma codiciosa y grosera de un mercader de pescado ateniense. No dejaron los autores cómicos de aprovechar esas agradables ridiculeces. Anfis, en su *Impostor*, copió el tono insolente de ese abastecedor privilegiado: le pintó en pié delante de su parada, con la cabeza erguida, el aire insultante, y vestido con mag-

nificencia, y cerca de él el comprador tímido, que apenas se atreve á ofrecer precio, mientras que el vendedor, aparentando distraccion, responde por monosílabos, vuelve la cabeza con desden, mira al parroquiano por encima del hombro, y lleva su impertinencia al extremo de no pronunciar mas que á medias las palabras que deja caer su orgullo.

EL COMPRADOR.

¿Cuánto quieres por esa loja?

EL VENDEDOR.

...cuenta óbolos (por cincuenta óbolos).

EL COMPRADOR.

¡Por los dioses que es demasiado cara! ¡Es tan pequeña!...

EL VENDEDOR.

...queña! (por pequeña) ¡Ah! ¡ah!

EL COMPRADOR.

¿Y ese salmon?

EL VENDEDOR.

...renta (por cuarenta), etc.

Esas impertinentes síncopes no arredaban al paciente gastrónomo, que pasaba por lo que queria el vendedor. Alejo (1), que siguió las huellas de Anfis, se enoja y profiere una verdadera invectiva contra el vendedor de pescado. « Mis ojos se niegan á obedecerme y me indigno, dice, cuando veo á nuestros generales arrear las cejas, sin dejar caer sobre el pueblo ni una sola de sus miradas: mas cuando veo á uno de esos mercaderes malditos que, porque venden pescado fresco ó salado, se creen con derecho para mirar con desden á la muchedumbre que pasa por delante de ellos, confieso que semejante espectáculo me es mas odioso que la muerte. » Antifano (2), que sin duda tendria algunos vendedores de pescado por acreedores, afirma que el aspecto de uno de esos hombres es para él la cabeza de Górgona. Xenarco (3), autor de la comedia intitulada *la Púrpura*, les acusa de bribones; Difilo (4), en su *Diligente*, les echa en rostro el mismo vicio. Habia un estatuto que les vedaba refrescar el pescado con agua; mas ellos se avenían entre sí y hacían como que reñían delante de su tienda: uno de los supuestos combatientes caía gritando socorro; su adversario, como para volverle la vida, le arrojaba un cubo de agua fresca en la cara, y si los salmones y los rombos recibían parte de la ablucion, era aquella efecto de la casualidad. Servíanse de dos especies de óbolos, de los de Ejina y de los de Atica; el mercader de pescado á quien preguntaban el precio de un pescado, respondía: *Diez óbolos*; mas como los óbolos de Ejina valían mucho mas que los otros, el bribon tenia mucho cuidado en hacerse pagar con piezas ejinetas, y volver el cambio en monedas áticas.

Nuestro héroe hacia un papel muy activo en la democracia ateniense. Gritaba sin cesar; *Fuera la tiranía!* bien así como el populacho gritaba, durante la revolución francesa, *¡Fuera los aristócratas!* y corria á denunciar á su club treinta conspiraciones por día. Aristófanes enemigo, como todos saben, del gobierno popular, y cuyas piezas están dirigidas contra sus ridiculeces, nos da el retrato harto picante de un mercader de pescado *bullanguero*: esta escena del mercado ateniense es digna de citarse:

« *¡Conspirar!* sois en verdad muy pródigo de semejante palabra, cuyo eterno eco me acosa y me fatiga. Es vuestro refrán, soldados, sacerdotes, mercaderes, y lo único que hiere mis oídos en el templo y en la Agorá. Cincuenta años hace que os oigo repetir lo de *¡Fuera la tiranía!*; *¡Se está conspirando!*; *¡Se está conspirando!* y ya un acreedor rígido provoque vuestro mal humor, ó ya sea feliz un rival vuestro, es para vosotros un conspirador. Ese lugar comun de los necios, ese clamor desgastado, hiere á cada instante mi cansado oído: voy al mercado á pedir sollo, ¡pues bien! el vendedor de pescado, que no tiene mas que un ruin *cuadrátulo*, exclama: ¡Ah! con que queréis un sollo, ¿no es verdad? ¡Un sollo! ¡Oh! ¡ese plato nada tiene de popular! ¡es un pescado reservado para la mesa de los grandes! Veis, amigos míos, aquí tenéis uno de nuestros tiranos, uno de los que conspiran, de los que meditan una trama infernal, de los que alientan el lujo oriental del gran rey; algun enemigo oculto tal vez de la libertad. Entonces yo me retiro temblando sin ganas de comer sollo. ¡Ved ahí las columnas de las libertades públicas! (5) »

Servir y comer la vianda caliente eran dos puntos del rito gastronómico que se observaban mas religiosamente en Atenas. Parece que á pesar de la civilización ateniense y de sus progresos, la finura en los modales estaba muy atrasada; pues era costumbre de los convidados apoderarse de los platos que se servían hirviendo en la mesa, y privar de ellos á sus vecinos, cuando eran estos últimos menos diestros ó intrépidos. Los glotonés de primer grado solían comer sus manjares hirviendo aun, pues á fuerza de sumergir sus manos en el

(1) Véase Ateneo, lib. XV.

(2) Véase Ateneo, lib. VIII.

(3) Id. ib. La mayor parte de las citas y de las noticias dadas por el articulista son sacadas del *Deipnosophista* de este escritor.

(4) Véase Ateneo, lib. XVI.

(5) Aristóf. *Los Caballeros*.

agua caliente, las cauterizaban y las volvían insensibles al calor; en fin, por medio de una gratificación que ponían diestramente en manos del cocinero, le inducían á que hiciese llevar los platos á la mesa tan calientes, que solo ellos, merced al ejercicio preliminar de que acabo de hablar, podían recoger el beneficio. Pitilo, el mas famoso de esos convidados voraces, traía la lengua cubierta de una armadura artificial de que habla Ateneo (1), y que ha dado mucho que pensar á los comendadores (2); pero que, segun parece, se reducía á que su lengua se habia encallecido á fuerza de despreciar el calor.

Los perfumes, las flores, la literatura, la poesía, la música, todo contribuía á variar los placeres del ateniense en la mesa. No se contentaban los convidados con lucir su talento, y repetir agudezas como se hace en el día, sino que era tambien forzoso cantar en coro, recitar ó inventar alguna fábula esópica ó erótica, discutir los puntos mas áridos de la filosofía. No era, como se ve, una prebenda el ser comilon. Añádase á esto que era necesario beber con un valor y una fuerza sobrehumana; beber como un griego era un proverbio generalmente admitido, y el agravio mas cruel que podía hacer uno á su enemigo, era llamarle *bebedor de agua*. « Tu vida es un soliloquio donde solo se trata de salchichas (dice Cleon al tocino en una de las parodias de Aristófanes). Vas decayendo cada día, y bien pronto, para colmo de infamia, no beberás mas que agua (3). » En otra de sus piezas, las mujeres, reunidas para sacudir el yugo de los hombres, pronuncian una terrible maldición contra los que quieran impedirles beber vino. Se nos presenta á los dioses de la mitología helénica como grandes bebedores; y en fin, sin hablar de Baco, dios de la vid, todos, desde Júpiter hasta Momo, adoraban este licor celestial.

En cuanto á las horas de comer, debemos confesar que estaban sujetas á las negociaciones públicas. Se comía muy poco durante el día, esperando que se pusiese el sol, en cuya hora estaba libre todo el mundo del peso de sus tareas diarias para entregarse á los placeres gastronómicos: entonces empezaban los banquetes delicados, las reuniones brillantes, los festines sazonados con todo el lujo de una filosofía voluptuosa. Los atenienses, que tenían mas de un punto de semejanza con los parisenses modernos, eran (lo mismo que estos últimos) enemigos mortales de esas comidas de familia, en las cuales, so color de tratarle á uno familiarmente, se maltrata desapiadadamente el estómago del convidado. Es en extremo curioso comparar dos pasajes de autores dramáticos, que vivieron á mas de dos mil años de distancia uno de otro, y que expresaban casi del mismo modo igual idea gastronómica en sus idiomas respectivos. Boissy introdujo en sus *Dehors trompeurs* (apariencias engañosas) el siguiente diálogo:

EL BARON.

« Quiero daros una comida de amigo, y comeremos juntos y sin cumplimientos un pollo... »

M. DE FORLIS.

« No; yo aborrezco esas comidas; yo gusto de buenos bocados, así que quisiera que me tratáseis mas bien como á persona extraña. »

Escuchemos ahora á Menandro, á quien no habia ciertamente leído el caballero de Boissy:

« La bondad del cielo me libre para siempre de una comida de familia, reunion lúgubre donde brilla el parentesco, pero donde padece el estómago; ¡en la que sentados gravemente primos, cuñados, nietos, pareciendo asistir á algun sacrificio, sufren el suplicio de un ayuno solemne. Primeramente el dueño de la casa, con una copa en la mano, entretiene á sus amigos con cuentos añejos: tiembla el edificio á su voz formidable. A su lado su esposa, matrona respetable, mezcla un agrio falsete á sus graves discursos, é interrumpiendo el luto de la triste comida, añade á cada nuevo plato un insulso comentario. No lejos de ella veo al tío, á la tía, á la abuela sazonando los platos con sus preceptos morales, y condenando los placeres... que estamos muy distantes de disfrutar (4). »

Los atenienses oponían á esa tan decantada comida de familia los banquetes á escote, á que tenían una afición extremada. Cuando Aristóteles quiere probarnos que un gobierno en que toman todos parte vale mas que un gobierno puesto en manos de pocos ó de un hombre solo, apoya su argumento en una imágen sacada de las costumbres del comedor: « Del mismo modo, dice, los mejores festines son aquellos en que cada uno de los convidados trae su plato. » Se creyó entrever un peligro para la república en reunirse á menudo y en gran número: no se vedaron las comidas á escote, pues esta medida hubiera sido harto violenta, sino que se fijó el número de los convidados, número que no debía pasar nunca de treinta. El *jinecónimo*, oficial pagado por el Estado, estaba encargado de celar el cumplimiento de esta ley, y de numerar los miembros de cada festin. Durante esas grandes comidas, el dueño de la casa comunicaba á sus huéspedes por intervalos señalados la lista de los platos; los músicos ejecutaban conciertos, los graciosos daban representaciones, el parásito (especie de bufon privilegiado y con patente), el cazador de comidas, el adulador (5), em-

(1) Aten., l. I, p. 74.

(2) Shweighæuser ad. Ath., loco cit.

(3) *Los Caballeros*.(4) *Fragm. Menandr. ap. Athen.*(5) Arist., *Etica*, lib. VIII, c. 8.

(1) Poeta cómico. Véase Pausanias.

pleos que no hay que confundir, se encargaban de divertir á los convidados. La fiesta, en la que nunca presidía la sobriedad, duraba mucho, y aun parece que quedaban achispados casi todos los que tomaban parte en ella. Así Xenofonte, haciendo el panegirico de su maestro Sócrates, nos participa, como hecho singular y como prueba de virtud eminente, que este grande hombre podía, al salir de cenar, caminar sin uno que le acompañase.

Las clases inferiores se contentaban con una comida mucho mas frugal, como yerbas, legumbres, pescado salado, una torta de cebada, vino y algunos higos. El juez viejo de Aristófanes, ese prototipo del *Jorge Dandin* de Racine, no comia otra cosa (1).

Por doquiera se encuentran entre los poetas griegos las huellas de este fervor gastronómico. Cuando Aristófanes quiere reconciliar á las mujeres con sus maridos, se vale de una comida. Cuando quiere alentar á sus actores á que desempeñen bien sus papeles, les manifiesta en perspectiva la cena que les dará la república, si salen vencedores de la lucha teatral; y para hacerles subir la saliva á la boca, se complacia en acumular en una sola palabra que fabricó, compuesta de setenta sílabas, todos los manjares jugosos que campearán en la mesa. Ese genio extraño hace un guisado político que sirve á sus oyentes, y cuya singularidad traspasa todos los límites de la audacia dramática. Representa la Guerra, de que acaban de ser víctimas la Sicilia, la ciudad de Megara y la de Prasia, bajo la forma de un gigante que machaca y tritura en un almirez estas dos ciudades é isla. La Sicilia está representada por el excelente queso de que tanto habla Teócrito (2); Prasia por un puñado de puerros, y Megara por un diente de ajo. Apenas osamos traducir aquí los primeros versos de esa escena extraña, parodia agigantada contraria al gusto moderno, pero que encubre un sentido profundamente filosófico bajo su burlesca exageración.

La escena representa las regiones celestes. Elévase en el centro un grande almirez, y vese en el teatro queso, ajo y puerros.

LA GUERRA, girando al rededor del almirez, pronuncia en tono grave y solemne el siguiente canto:

Dolor, furor,  
Rabia y terror,  
Muerte y saqueos,  
¡Tal es tu herencia  
Y tus trofeos,  
Oh humanidad!  
¡Razas proscritas,  
Razas malditas,  
Para sufrir,  
Para morir,  
Solo nacidas,  
Sufrid!

TRUJO, montado sobre su caracol:

¿Qué es lo que veo, dioses soberanos?  
¿Y por qué ese gigante, monstruo fiero,  
Con el hierro en sus manos,  
La vista ensangrentada,  
Gira veloz en torno del mortero  
Con rueda apresurada?  
Yo temo, ¡oh Jove!...

LA GUERRA.

Mil y mil veces  
Maldición;  
Mil y mil veces  
Devastación.

¡Caed, puerros de Prasia en la marmita!  
¡Ciudad maldita,  
Cae á mis piés!

TRUJO.

Hizo de los humanos un gigote.

LA GUERRA.

Llora, ¡oh Megara!  
Tu suerte amara,  
Tus muros por el suelo derribados,  
Tus techos por las llamas devorados,  
Tus mujeres, tus vírgenes  
Que riegan sus cadenas  
Con sus amargas lágrimas,  
Mezcladas con los ajos  
Que crian tus fecundas  
Llanuras, del mortero  
Llenarán las profundas  
Y negras cavidades.

TRUJO.

¡Y cómo lo tritura!  
¡Qué de sangre y de llanto! etc. (3).

(1) *Las Avispas*.  
(2) *Eglog. 4. etc.*  
(3) *Acharn.*

Después de haber hecho del erudito en materias de cocina, imitaremos á Rabelais, aconsejando á nuestros lectores que vayan á cumplir sosegadamente con sus deberes gastronómicos, sin curarse mucho de los procedimientos atenienses, y que se guarden sobre todo de querer, á semejanza de no sé qué sabio (1), componer un festin ateniense; pues se puede apostar uno contra ciento que sería malísimo el tal ensayo. Contentaos pues, queridos lectores, con asistir, como yo, de lejos á los banquetes atenienses. M. DE F.

## Cuadro de costumbres.

### EL CASAMENTERO.

#### ESCENAS DE LA VIDA ESCOCESA (2).

¿Creeis acaso que el privilegio de las agencias matrimoniales es propio exclusivamente de la civilización de las ciudades populosas, y que el caduceo venal con que se arman los casamenteros pertenece solamente á Londres, París, Viena ó Berlin? Os engañais; pues en lo mas retirado de la Escocia puritana y agricola he encontrado yo la matrimoniomania tan usada como en París. Cierlo es que mi héroe obraba meramente por diversion, de suerte que no hallaba en ello otra ventaja que su placer.

¡Oh buen Simon Kirkton! ¡Feliz Simon Kirkton! ¡Hombre cuya mayor felicidad consiste en pensar en el matrimonio, nunca te olvidaré, sumo pontífice del himeneo! El ejemplo de tu economía bastara sin duda para propagar tu doctrina matrimonial, porque ¿cabe satisfacción mas envidiable, sonrisa mas conyugal que la tuya?

En el interior del condado de *Inverness* está situada la mansion del casamentero general Simon Kirkton, que si bien es algo pequeña, rodeada de un terreno estéril y bastante mal edificada, es con todo fertilísima en delicias conyugales. Si estuviera situada en *Gretna-Green*, sin duda ofreceria menos recursos á los amantes que desean enlazarse con el himeneo. La felicidad del celibato es un término borrado del diccionario de Simon, de suerte que hasta el mismo cielo seria un triste sitio para él, porque no podria preparar y mucho menos celebrar matrimonios.

Simon Kirkton (tal era su nombre) gozaba de una mediana fortuna cuyas tres cuartas partes no tenian mas objeto que el de satisfacer su pasión predilecta. ¡Cuántos banquetes, partidas á caballo ó en el agua celebrara Kirkton sin mas mira que el himeneo del vecino, de la prima, del amigo, de la tia, y aun del hermano ó hermana del abuelo! Casi toda su felicidad consistía en este género de diversiones, de modo que los lances de un futuro matrimonio eran los únicos accidentes de su existencia. Nadie seguramente habia hecho mas bella coleccion de chistes nupciales, refranes matrimoniales y canciones aplicables á las circunstancias. A lo menos puede decirse que este buen hombre deseaba la dicha ajena, al contrario de otros muchos que yo conozco, que solo se deleitan en las desgracias, infortunios y calamidades del prójimo.

A mediados de enero de 1839, la mitad de la población de la comarca era convidada á un baile precedido de un banquete que debia celebrarse en casa de Simon. Las muchachas alimentaban su esperanza con un ardor halagüeño, y los mozos anhelaban igualmente la llegada de este dia con temor é impaciencia. Todo habia de estar adornado al último gusto; sabíase que el banquete debia celebrarse en la antigua sala, y que los dos *bag-pipers* (3) de la familia harian resonar los acentos de una música armoniosa al mudar cada plato. La primera orquesta de la ciudad debia abrir el baile que se celebraría en el gran salon: el duque habia prometido asistir á él con la nobleza y lo mas selecto del pais. Todos aseguraban no haberse celebrado jamás semejante festividad; y un mes antes, el editor de los anuncios de la comarca habia presentado ya el programa de la función. Las muchachas de aquel pais, agradecidas á este beneficio, acababan todas sus oraciones con sus votos por la salud del bondadoso M. Kirkton.

El digno cura no estaba ocioso. Quitáronse todos los muebles del salon; por todas partes se veian trazados con creta dibujos de flores elegantes, la alacena estaba provista bien asi como los almacenes de una ciudad que se ve amenazada de un largo asedio; por momentos iban recibiendo los criados nuevas órdenes relativas al cargo que habian de desempeñar; por fin el orden mas completo presidía á todos los preparativos. Yo no creo que jamás gastrónomo alguno pudiese soñar con una cena comparable á la que se preparaba en el comedor; pues allí se veia toda especie de pescado en cantidad tal, que bastara sin duda para abastecer un navío de setenta y cuatro que partiera para la China.

Amaneció por fin el dia tan deseado; y fué cabalmente uno de aquellos cuyo frio penetrante tiñe de

(1) Meibomio.

(2) Este artículo se debe á la relevante pluma del célebre Pastor de Etric, que es sin disputa uno de los escritores mas sobresalientes en la descripción de las costumbres populares y pastoriles de la Escocia, su patria.

(3) Los que tocan la zampoña.

carmin las megillas de las hermosas. Pocos dias antes habia caído muchísima nieve; pero el tiempo se habia asentado.

— Querida mia, dijo de repente Simon á su mujer, ¿no es aquello un coche que viene de la parte de *Brosfit-Knowe*? apostaria que es la vieja lady Clover.

— Seguramente viene á vestirse aquí con sus tres hijas.

— Ana se ha entregado á las dulzuras de la devoción, que equivale á decir que ya es tarde para casarla.

— ¡Qué lástima que el cura no sea de los nuestros! Su mujer acaba de morir; pero fuerza será buscarle otra consorte.

— Podemos colocarlo al lado de Isabel.

— Isabel es muy jóven; y así podrá colocarse junto á Tommy Maxwell en la mesa mas pequeña, pues es muy niño todavía.

— Sin embargo, no dejará de ser muy buen partido algun dia.

De este modo pues, conforme iban llegando los convidados, variaba Simon de nuevo la disposición de los cubiertos; y aun antes que hubiese llegado la hora de sentarse á la mesa, tuvo la satisfacción de ver á los convidados dispersarse por parejas. Mientras las miradas de Simon vagaban por diferentes grupos unidos por los íntimos lazos de la amistad, se detuvieron al fin en una jóven que no habia observado todavía, y que separada de los demás grupos, parecía reconcentrar todo su interés en los cuadros que adornaban el salon y olvidar la presencia de tantos extraños. De repente su atenciuo fija en aquellos objetos pareció animarse al presenciar la pintura de una batalla.

— ¡Dios me perdone! dijo Simon á su mujer, ¿quién será esa interesante jóven tan sencillamente vestida de blanco? ¡Ningun jóven veo á su lado! ¡Qué diablos! Por cierto que son indignos de una criatura tan celestial.

— Esta jóven es miss Mowbray, respondió mistress Kirkton, y ha venido acompañada de mistress Carmichael; segun cuentan, es riquísima heredera, pero es la primera vez que ha venido á Escocia.

— ¡Ah, diantre! no hay que desperdiciar semejante ocasion.

— Podriamos acaso casarla con Angus Mac Lead.

— No, no conviene, porque, aunque buen muchacho, es bastante feo.

— Quizás haria al caso Charlie Fletcher; aunque parece preferible para Ana Johnson.

— ¡Ah! ¡cómo no caí antes en ello! dijo de repente Simon Kirkton; Carlos Melville le vendrá pintiparado. ¡El mas buen mozo, el mas adecuado y el mejor marido que pudiera escogérsele! Si ella es rica, mejor para Carlos; hé aquí una pareja como hay pocas.

En este momento, Kirkton poniendo la mano en el hombro de un jóven que estaba hablando con otros sobre las últimas noticias de la Peninsula, le llamó á un lado y le dijo:

— ¿No es una mengua abandonar á sí misma á esa muchacha angelical? Id al momento á su lado, y permaneced con ella cuanto tiempo podais, pues es sin duda muy digna de vuestra atención.

Y al mismo tiempo encarándose con la jóven de que se trata, le dijo:

— Miss Mowbray, disimulad el abandono en que os ha dejado por tan largo espacio mi amiga mistress Carmichael; mucho me pesa, pero os presento á Carlos, ó por mejor decir, á M. Carlos, ó mas bien, al teniente Carlos Melville, que puede considerarse feliz en reemplazarla. El os acompañará á la mesa y saldrá al baile con vos.

— ¡Y todo eso en lugar de mistress Carmichael! le respondió la hermosa doncella en voz grave.

— ¡Bravo, querida mia, bravo! Quiero sin embargo dejar á otro el cuidado de contestaros, pues ya he previsto este momento, y no quiero verme embarazado en daros una respuesta satisfactoria.

En esto, Simon dijo secretamente á su amiguito:

— Poneos á su lado, Carlos.

Y al punto marchó á la otra parte del salon, embargado en tan filantrópicas ideas.

Entablada de este modo la conversacion, fué sostenida con facilidad por los jóvenes, á satisfacción del huésped. El oficial acompañó efectivamente á miss Mowbray á la mesa, tomó asiento á su lado, y Simon parecia estar tan contento con aquella pareja, cual pudiese deseárselo el casamentero mas apasionado. La jóven por su parte manifestaba su buen humor, y parecia alegrarse en gran manera á impulsos de las observaciones de su amigo.

— ¿Hace mucho tiempo que estais con mistress Carmichael? dijo Carlos á miss Mowbray.

— Ayer mismo llegué.

— Seguramente os parecerá muy montaz este pais, si lo cotejais con la civilización del vuestro.

— ¿Hablais acaso del pais ó de sus moradores? preguntó la jóven; pues en cuanto á estos no me parecen tan bravios como me habia imaginado, y á fe que algunos me parecen ya medio civilizados.

— Sin duda vuestra buena índole os hace pensar de esa manera; pero cuando los conozcais mas á fondo, seguramente mudareis de parecer.

— Ahora no tomeis á mal que no os hable de vuestras virtudes nacionales como apetecen los escoceses. No ignoro que sois un pueblo sin igual; vense aquí los héroes á la par de los hombres; cada aldeano es un filósofo, y todas vuestras mujeres son criaturas angelicales; sin embargo, hay que decirlo, mi extrañeza ha sido grandísima al ver que sois como los demás pueblos.



EXPEDICION DE COREA. — 11 de noviembre.

Combate entre las cañoneras que trasportaban el cuerpo de desembarco, y un cuerpo enemigo emboscado en las orillas del rio Kang-Kiang.

— ¡Pues qué! ¿Creiais acaso que teniamos la cabeza tras las espaldas?

— Eso no, pero sí creía ver alguna novedad no vista hasta ahora; pero veo que todos van vestidos por el mismo estilo que en Inglaterra, y en cuanto á los demás usos, me parecen tambien semejantes á los de aquel pais, y aun el idioma mismo me parece algun tanto

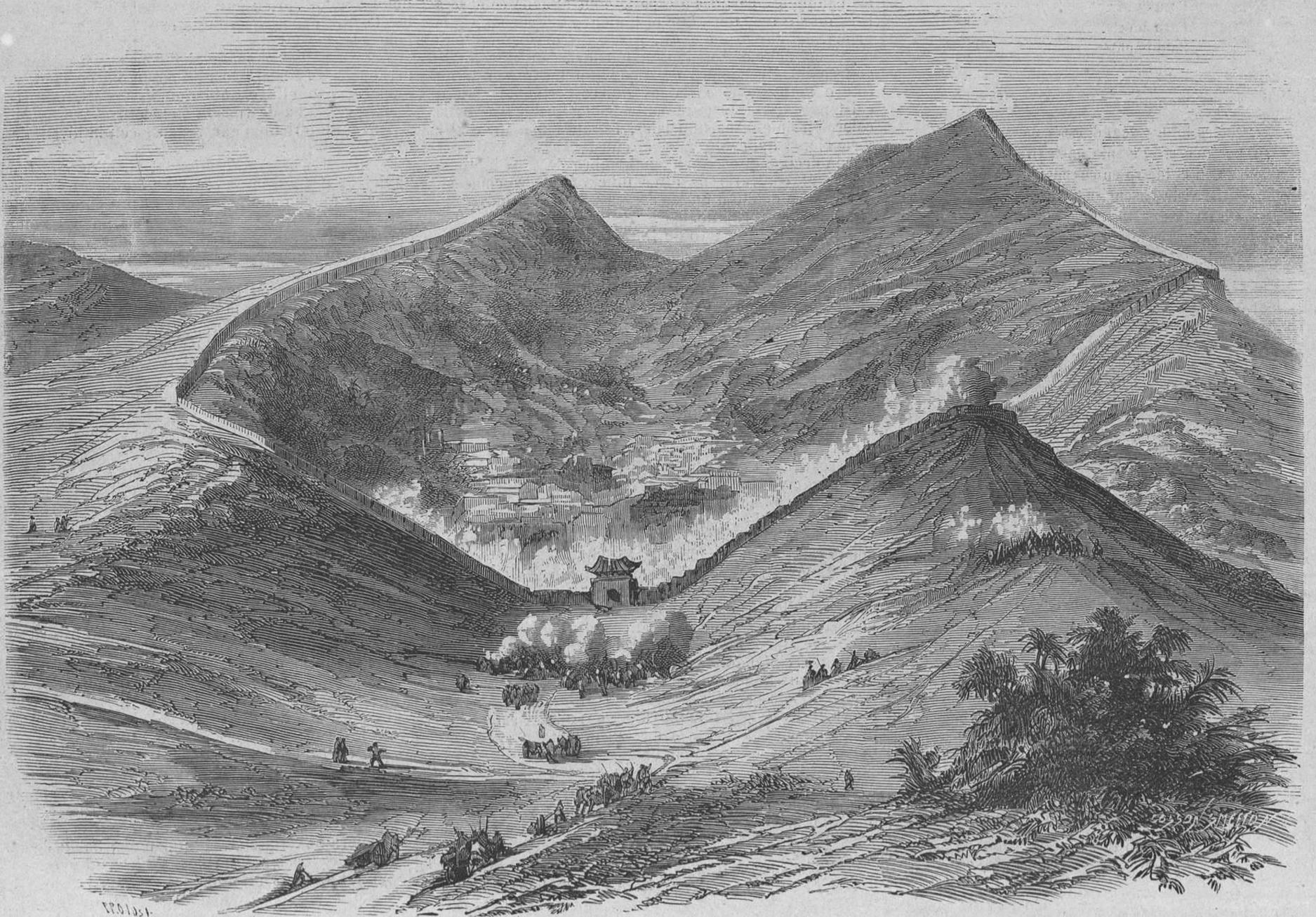
inteligible, bien que he de confesar que el señor Simon necesita un intérprete.

— ¡Oh, vaya un hombre divertido! Su rostro viene á ser un diccionario poliglota; es la expresion del buen humor, de la bondad y de la hospitalidad en todos los idiomas.

— Pero decidme, ¿quién es el que está á su derecha?

— ¿Quién? ¿el *henchman*? Es Roy Mac-Faggart que ha sido bag-piper del 73º por espacio de veinte años; el mismo que mató con su propia mano á tres franceses en Badajoz.

— ¿Y por eso le llaman *henchman*? ¡Vaya una voz inteligible! su expresion no es menos viva que la presencia del dueño de la casa. (Se concluirá.)



Toma de Kang-Hoa.



El coronel P. Coroneos, jefe de la insurreccion cretense.

El coronel Panos Coroneos, jefe de la insurreccion cretense, nació en Constantinopla en 1811. Después de haber mandado largo tiempo la artillería griega, pidió y obtuvo, cuando la expedición de Siria en 1860, un puesto de agregado á la plana mayor del cuerpo de expedición francés. En 1861 fué acusado de conspirar contra el gobierno del rey Othon, con todo el partido liberal, y le encerraron en la ciudadela de Nauplia, mientras procedían á formarle causa. Entonces se puso en relaciones con Artemis, Greras, Zakeityanos y otros patriotas, que le hicieron salir de la cárcel para ponerle á la cabeza de la insurreccion que acababa de estallar en Nauplia. Herido en noviembre de 1864, en una salida contra las tropas reales que bloqueaban la plaza, fué hecho prisionero.



J. Zimbrakaki, jefe de un cuerpo de voluntarios cretenses.

**La insurreccion cretense.**

(Correspondencias.)

Atenas 10 de enero.

CORONEOS. — ZIMBRAKAKI.

Hé aquí los retratos de los dos jefes que han sabido luchar contra fuerzas dos veces superiores en número, y mantener la bandera de la insurreccion cretense.

En 1862, la revolucion que libertó á la Grecia de la dinastía de los Wildesbach, le encontró prisionero en la fortaleza de Chalcis. Habiendo recobrado al punto su libertad, se puso á la cabeza del comité formado para organizar la guardia nacional y la legion académica de Atenas. Jefe del partido avanzado durante el gobierno provisional, y comandante de la guardia nacional, supo defender las libertades del pais y la independencia de la asamblea que amenazaba á Bulgaris. Después de haber sido algun tiempo ministro de la Guerra, volvió á su puesto de comandante de la guardia nacional, que dejó para pasar á Creta.

Juan Zimbrakaki, cretense de nacimiento, tendrá unos cuarenta años. Comandante de escuadron de plana mayor, mandaba la division de zapadores del ejército griego cuando estalló la insurreccion. Entonces se apresuró á pedir una licencia, y pasó á Creta, donde hoy se halla al frente de un cuerpo de 12,000 voluntarios. G.

Pocos paises hay en el mundo tan favorecidos por la naturaleza como Creta: un clima delicioso, fértiles va-



Campamento de insurrectos cretenses á la falda del monte Ida, delante de la ciudad de Spakia.

lles con agua en abundancia, una opulenta vegetación, han desarrollado allí siempre una civilización poderosa. Los mitos antiguos, cuyo sentido ha venido á ser tan claro gracias á los estudios modernos, atestiguan que el ardor religioso no fué inferior á la prosperidad política de la isla.

La grande isla de Creta, cuya población, cuando era independiente, se elevaba á 1.200.000 almas, había sufrido muchas conquistas antes de la dominación turca; pero ni los romanos, ni los bizantinos, ni aun los sarracenos (árabes), comprometieron su prosperidad. Los árabes, nación semítica, demostraron en Creta, en Sicilia y en España, que no eran incapaces de comprender las bellezas y los beneficios de la civilización indoeuropea. En cuanto á la aristocracia veneciana que sucedió á los bizantinos, vencedores de los árabes, tenía demasiada inteligencia política para no ver todo el partido que podía sacar de tan bella provincia. La población, que no pasa hoy de 200.000 almas, ascendía entonces á un millón de habitantes; los puertos obstruidos, gracias á la incuria otomana, se abrían á nuevos buques, y la agricultura, hoy decayida por culpa del gobierno, se hallaba no menos floreciente que el comercio.

La población cretense, protegida por la poderosa mano de Venecia contra la barbarie musulmana, podía prometerse librarse del lúgubre destino de las otras provincias helénicas. Las señales de decadencia comenzaron á mostrarse muy pronto entre los turcos, sobre todo después de la muerte de Soliman el Magnífico; pero desgraciadamente para la Creta, una dinastía de grandes visires pertenecientes á la raza indoeuropea, contuvo algún tiempo la decadencia del imperio otomano. Los Koprili, familia albanesa, mientras salvaban el imperio, trataban de ensanchar su territorio. La aristocracia veneciana tenía adversarios dignos de ella. La lucha suprema que se empeñó ante la ciudad de Candia, entre la enérgica obstinación de Ahmed-Koprili y el valor veneciano, tomó tales proporciones, que se ha comparado este sitio con el sitio de Troya. De 1645 á 1669, la Creta vino á ser un campo de batalla donde el islam y la cruz se disputaron la dominación del Mediterráneo.

Heróicos voluntarios dejaron sus castillos para volar en socorro de Candia. Ortodoxos, protestantes y católicos, olvidando sus contiendas teológicas, no pensaron más que en rivalizar en bizarría y en conducirse como cristianos. Los señores más encumbrados de Francia consideraron como honra insigne el tener representantes en los defensores de la plaza. Aquellos memorables días se contaron entre los más bellos de la intrépida nobleza francesa. Los esfuerzos reunidos de los franceses del duque de la Feuillade y de los alemanes del conde de Waldeck, sostenidos más tarde por la llegada de una flota cristiana, no impidieron el triunfo del islam, y Venecia perdió uno de los tres reinos cuyo estandarte ondeaba gloriosamente ante la espléndida basilica de San Marcos. Cuando contemplo ahora en el mismo sitio la bandera de la Italia regenerada, se me figura que este triunfo de la justicia sobre la fuerza no será el último, y que la civilización cristiana no tardará en proseguir su marcha victoriosa en las provincias que Venecia cubrió durante tanto tiempo con su escudo y con su espada. Es seguro que el principio de las nacionalidades triunfará en las provincias cristianas que se hallan todavía bajo la dominación turca. D. DE J.

### Revista de Paris.

El jueves último ha tenido lugar en el Hotel de Villa el primero de los grandes bailes con que el prefecto del Sena obsequia todos los años á las notabilidades parisienses. La grande galería de las fiestas, completamente restaurada, resplandecía como un palacio encantado de los que se admiran en los cuentos orientales. Por todas partes luces y flores, una riqueza sin igual y un gusto extraordinario. La fiesta estuvo animadísima, al menos hasta las dos de la madrugada.

Al ver la cantidad de hermosas flores y de plantas exóticas con que se adorna el palacio municipal para estas grandes fiestas, todos se preguntan quién es el abastecedor maravilloso que pone á la disposición del prefecto esa lujosa vegetación que tan bello efecto produce en los salones. Ahora bien, la municipalidad de Paris no solo se surte á sí misma, sino que está fomentando en alto grado en esta capital el cultivo de flores y plantas raras, gracias á sus jardines y parques, que son otros tantos modelos de esmerado y buen cultivo, sin contar además el exquisito gusto que en ellos se nota en cuanto á la elección y variedad de sus ornatos.

A principios de 1855 el número de jardineros y jornaleros dependientes de la municipalidad era tan solo de 3; en 1858 se aumentó hasta 12; en 1862 llegó á 40; en 1864 á 60, y en 1865 á 101. Las plantas y arbustos han aumentado en la misma proporción. En 1855 no pudieron proporcionarse más que 600 piezas; en 1863 se entregaron 1.602.265, de las cuales 1.375.500 fueron presentadas por el florista de La Muette; 23.579 lo fueron por el criadero de Longchamp, y 3.186 por el criadero de los abetos. Comparando las cuentas de 1855 á 1865 inclusive, resulta que el coste de los arbustos y plantas sacadas de los criaderos

de la ciudad y distribuidas durante este periodo, fué por término medio de 13 céntimos.

Y hé aquí cómo hasta en las cosas de lujo puede haber economía, cuando se procura que la haya.

Este ejemplo de buena administración que da la municipalidad de Paris, debería hallar eco en los particulares. No obstante las terribles filípicas del Senado, no obstante las comedias de Sardou, que ponen tan de relieve las ruinosas extravagancias de la vida moderna, el lujo va en aumento siempre, y la cuenta de la modista es hoy en el presupuesto doméstico un renglon de primera importancia. A veces estas notitas suelen crecer de punto á un grado tal, que van á parar á los tribunales, de cuyo modo se vienen á descubrir detalles instructivos para el que se ocupa en pintar escenas del mundo contemporáneo. Esta semana hemos sabido pues lo que cuestan tres vestidos y un dominó, cuando se encargan por una duquesa á una de esas casas de fama dirigidas por hombres, porque en el día va siendo de mal tono que las mujeres vistan á las señoras. Ya que la crónica judicial señala los nombres de las personas, citaremos el caso en cuestión sin reserva de ninguna especie.

Parece ser que M. A. Maugas, que es uno de estos especialistas de tanta fama, sobre todo para la confección de vestidos y mantos de corte, entregó á la señora duquesa de Persigny diferentes trajes en enero y febrero del año último, cuyo importe de 3.050 francos se halla detallado en su factura, del modo siguiente:

« 1º de enero: un vestido de tafetan blanco y oro, adornado de raso blanco, con cuello y mangas, 800 francos; 1º de febrero: un vestido de baile, tul de color de castaña, guarnecido de mariposas azul y plata, con viso de tafetan, 1.200 francos; un dominó raso, tul de color de castaña y adornos plateados, 340 francos; 1º de marzo: un vestido poul de seda negro, guarnecido de azabache, placas y cintas, 700 francos.— Total, 3.050 francos. »

La duquesa recibió esta cuenta, y pareciéndole exorbitante, mandó á decir por su agente de negocios, que ninguno de aquellos vestidos valía más de 700 francos, y que por consiguiente, pagaría solo 2.500 francos.

« Mucho me ha sorprendido semejante reducción, escribió M. A. Maugas; mi casa es una casa honrada y de confianza, y dejaría de serlo si aceptara yo los 2.500 francos en lugar de los 3.050 que me son debidos. »

La duquesa insistió, y el reclamante volvió á tomar la pluma para escribir las siguientes líneas:

« Si tiene Vd. la costumbre de obrar así con sus abastecedores, podía Vd. hármelo prevenido, en cuyo caso no habría sido Vd. mi parroquiana, pues no acostumbro yo á hacer negocios bajo tales condiciones; pero me ha pedido usted lo más caro y lo mejor que había en mi casa, sin preguntarme el precio: yo la he servido á Vd., y ahora salimos con una reducción de cuenta que todo comerciante honrado debe rechazar. »

A esta carta siguió otra redactada poco más ó menos con el mismo tono, y como ésta correspondencia no produjera resultado alguno, M. A. Maugas apeló á la justicia reclamando el pago de la factura. La cuestión está pendiente aun, pues el tribunal ha sometido á la tasación de una costurera el precio de los trajes, y hasta que esta modista no dé su parecer, no sabemos cuánto valen en realidad los vestidos que han ocasionado la contienda.

De todos modos, estas contestaciones nos revelan rasgos de costumbres que merecen ser consignados por la crónica.

La prensa de Paris se viene ocupando mucho hace algunos días de un proyecto de suscripción nacional que ha surgido en los diarios democráticos, para elevar una estatua á Voltaire. No hay para qué decir que el plan tiene adversarios no menos ardientes que lo son los sostenedores del pensamiento. Con este motivo un periódico, el *Pays*, acaba de publicar algunos extractos sacados de las cartas de Voltaire, que atañen muy particularmente á los parisienses, y que han sorprendido á muchos de los admiradores del filósofo. Vamos á traducir algunos de ellos.

Hablando de Paris, escribía Voltaire el 12 de abril de 1776 á M. de Chabanon:

« Paris es un gran corral compuesto de pavos que hacen la rueda y de loros que repiten palabras sin comprenderlas. Les envían el pasto de Versailles; ellos meten ruido y Versailles les deja gritar. »

« Las provincias dan menos que decir. »

Acerca de los escritores decía con fecha 30 enero de 1770 las lindes siguientes:

« En Paris, el mundo aristocrático quiere novedades, y la inmensa canalla de los escritores subalternos espera estas novedades para reírse, para hacer reír y para ganar un escudo. »

Sobre el mismo asunto añadía en una carta á M. de Villette, de 24 de setiembre de 1777:

« Cuando el abate de Chaulieu y el marqués de la Fare se escribían billetes en verso, los cafés de Paris no venían á ser sus confidentes; no les exponían á los necios discursos de la canalla literaria, mas insolente y peligrosa que la de las plazuelas. »

Otro rasgo más:

« La buena sociedad de Paris es muy agradable, mas á decir verdad, para nada sirve. Cena y dice agudezas; pero entre tanto los energúmenos excitan á la canalla, canalla que se compone en Paris de unas cuatrocientas mil almas, ó que se llaman tales » (6 de mayo de 1768).

Ahora sobre los periodistas y los periódicos:

« No pertenezco al número de los hombres de letras que gobiernan el Estado desde el fondo de sus guardillas y que

prueban que la Francia no ha sido nunca tan desgraciada » (3 de noviembre de 1767).

« Las hojas volantes son la peste de la literatura » (1764). Sobre la probidad y la abnegación:

« Tratad de servir al género humano, mas sin perjuicio propio » (1763).

« Hay una tragedia inglesa que principia con estas palabras: « Mete dinero en tu bolsillo y búrlate de todo. » Esto no es trágico, pero es muy sensato. »

Acerca de la instrucción pública Voltaire escribía á Damilaville el 19 de marzo de 1766:

« Es oportuno que se guíe al pueblo, pero no que se le instruya, porque no merece ser instruido... Creo que no nos entendemos sobre el artículo del pueblo, que creéis digno de recibir instrucción. Yo dudo que estos ciudadanos hayan tenido tiempo ni capacidad para instruirse: se morirían de hambre antes de hacerse filósofos. Parece esencial que haya pueblo ignorante. Cuando el populacho entra á raciocinar, todo está perdido. »

Finalmente, y este es el golpe de gracia, hé aquí lo que decía Voltaire el 12 de julio de 1770 á la marquesa du Defland, relativamente al proyecto que había ya entonces, de erigirle una estatua en vida:

« La envidia y la maledicencia son dos ninfas inmortales. Estas señoritas han esparcido el rumor de que ciertos filósofos que no son amigos vuestros, habían imaginado levantarme una estatua, como á su diputado; que no se trataba de dar fomento á las bellas letras, sino que se quería emplear mi nombre y mi semblante para erigir un monumento á la libertad de pensar. Esta idea, en la que hay algo muy chusco, puede perjudicarme sobremanera cerca del rey. »

Hé ahí unas citas muy oportunas para enfriar el entusiasmo de los suscritores á 50 céntimos (no se reciben sumas mayores) que congrega el *Siecle*. Sin embargo, digamos que á pesar de esto, la suscripción va tomando incremento.

Hace tiempo ya hemos dejado de hablar en estas revistas de aquel capricho que tuvieron los parisienses de reunir sellos viejos de franqueo, y este silencio nuestro se explica por la excelente razón de que el inocente entretenimiento pasó muy luego á manos de los niños, y en la actualidad se halla convertido en juguete. Así pues, la manía en cuestión fué una cosa de moda, que como se dice en francés, « hizo su tiempo. » Se nos ha ocurrido esta reflexión, porque hemos hallado en los diarios de la semana unos datos curiosos acerca de la fabricación de sellos para la correspondencia. En Francia, como en las demás naciones, esta fabricación corre por cuenta del gobierno, que la tiene arrendada á un contratista particular, el cual fabrica diariamente, en su establecimiento situado detrás de la casa de Moneda, millon y medio de sellos. Estos sellos cuestan al gobierno 90 céntimos por mil, de modo que dando á los sellos el más ínfimo valor, es decir, aun cuando costasen solamente un céntimo, el gobierno sacaría un beneficio de 910 céntimos, ó 9 francos 10 céntimos por cada mil. El mismo establecimiento fabrica también los sellos de correo para las colonias francesas, el reino de Grecia, la república de Guatemala y otros Estados extranjeros que le hacen pedidos.

Los pliegos de papel que se emplean para esta fabricación, sufren una preparación preliminar que consiste en cubrir la superficie con una especie de tinta blanca trasparente, operación que se verifica por medio de unos cilindros. El objeto de esta preparación es evitar las falsificaciones, pues si alguno intentase copiar el dibujo en una piedra litográfica, las dos tintas, la blanca y la de color, mancharían la piedra, y solo se obtendría una impresión de color igual. La composición de la tinta blanca es un secreto. En el departamento de la imprenta trabajan constantemente doce prensas de gran fuerza, y los operarios tienen delante una gran porción de colores esparcidos sobre piedras de mármol. No obstante, hay una parte de la operación hecha á mano después de la impresión, que consiste en esparcir sobre los pliegos ciertas manchas de color con la brocha. La última operación es la de taladrar el papel al rededor de los sellos, lo cual se efectúa con una máquina de la manera siguiente: después de impresos, los pliegos pasan á otro establecimiento en donde se cortan por la mitad, cada una de las cuales contiene 150 sellos. Se colocan cinco de estos medios pliegos uno encima de otro, y se prensan fuertemente dentro de un marco, operación que practican dos muchachos; el marco pasa después por debajo del aparato taladrador, del que el operario lo retira por medio de una combinación de poleas. En seguida se separan los pliegos que salen malos, y los buenos se remiten á la administración general de correos.

Teniendo también el Estado á su cargo la fabricación de naipes, parte de ella se verifica en el establecimiento que hemos descrito. El Estado prepara un papel especial que contiene una figura trasparente del águila en un molino destinado á este objeto. En la fábrica de los sellos de correo se graban, por medio de la electricidad, las figuras de los naipes y el as de bastos, cuyos tipos se estampan después en la imprenta imperial en las hojas marcadas con el águila. El papel en el cual se envuelven las barajas, se sella en el hotel del timbre. Los fabricantes de naipes se ven pues obligados á comprar al gobierno las figuras, ases de bastos, cubiertas, y el papel en el cual imprimen ellos mismos las cartas bajas, y arreglan también los paquetes que venden después á los comerciantes al por menor.

A propósito de datos curiosos, diremos también que acaba de publicarse oficialmente el resultado del censo quinquenal de la población. Los 89 departamentos del imperio contaban

en 1861 un total de 37.386,161 habitantes, cifra que se ha elevado, según el recuento de 1866, á 38.667,094. Resulta pues un aumento de 1.280,933.

No están comprendidas las tropas de tierra y mar que el 15 de mayo de 1866 se hallaban prestando servicio en la Argelia, Roma, Méjico, las colonias y las estaciones navales; el efectivo de estas fuerzas se aproximaba á 125,000 hombres.

La población total del imperio se divide de la manera siguiente: Sexo masculino, 19,014,109. Sexo femenino, 19.052,985.

Cincuenta y ocho departamentos están en progreso, habiendo dado un aumento de 787,392 habitantes; en los otros 31 hay una disminución de 106,459.

Atribúyense en parte las disminuciones, en determinadas comarcas, á la emigración de los habitantes del campo, que se dirigen hácia los grandes centros industriales, atraídos por la perspectiva de una vida mas cómoda, y por el aliciente de salarios mas elevados. Este decrecimiento de la población rural no se opera, sin embargo, en provecho exclusivo de las grandes ciudades, según de datos auténticos resulta. Las 45 mas importantes de la Francia, es decir, aquellas que cuentan mas de 30,000 almas (comprendido Paris), solo figuran en el aumento por 311,912 habitantes, ó sea un 45 por 100 de la totalidad; nueve de estas ciudades tienen hoy una población menor que en 1861; Paris ha aumentado en 179,133 almas, y repartido el excedente entre 35 grandes poblaciones indicados, solo corresponden á cada una 5,000, sobre poco mas ó menos.

Vemos pues que el aumento es insignificante, sobre todo si se compara con el progreso observado en otras naciones; esto sin contar con que en veinte y tres departamentos ha disminuido la población de un modo muy sensible en el último quinquenio. El de los Bajos Alpes cuenta hoy 3,368 habitantes menos que en 1861; el de la Mancha, 17,522; el de Mayena, 7,308; el de Orne, 8,732; el de Var, 6,976; y en los demás, aunque en menor escala, la disminución no deja de ser importante.

Asunto es este que ocupa mucho, y merece ocupar, á la prensa parisiense.

En cuanto á teatros, tenemos que señalar á nuestros lectores lo que se puede llamar un acontecimiento. Esta semana ha salido á las tablas, en los *Bufo parisienses*, una actriz improvisada, Mlle. Cora Pearl, y su presencia en la escena ha estimulado de tal modo la curiosidad en los círculos aristocráticos, que la noche de su estreno hubo quien pagó hasta 1,000 francos un palco, y 50 francos una butaca.

¿Quién es pues esta dama que así ha llamado la atención de los parisienses?

La contestación á la pregunta es bastante escabrosa cuando no se escribe solo para Paris, donde su nombre y los de tantas como ella se encuentran en todas las bocas. Miss Cora Pearl es pues una de las reinas de la galantería, quizá la mas célebre de todas ellas por su vida ostentosa, por sus caballos y sus coches, por su abundancia de alhajas, y sobre todo por el séquito de adoradores que la rodea en el bosque de Boulogne, lo mismo que en los Italianos ó en la Opera.

Cora Pearl ha tenido el capricho de hacerse actriz, y con efecto, se ha dado á conocer en la grotesca pieza de Offenbach titulada *Orfeo en los infiernos*, haciendo el papel de Cupido.

Es inútil que tratemos aquí de su talento artístico que, á nuestro juicio, es nulo; el interés de esta exhibición insólita ha estado en la concurrencia que se componía exclusivamente de altos personajes de la mas elevada nobleza, del cuerpo diplomático, de los círculos todos en donde se recluta la gente de gran tono. Los periódicos han publicado los nombres de estos espectadores entusiastas, y nosotros nos limitamos á consignar un hecho que no necesita comentarios para ser apreciado como se merece.

Concluiremos con una noticia oficial, y es la de que despues de haberse suspendido los ensayos de *Galileo*, la nueva producción de M. Ponsard, se han vuelto á continuar; de cuyo modo ya no hay obstáculos de orden superior que se opongan ya á la representación de la obra que veremos próximamente.

MARIANO URRABIETA.

**Poesía.**

**LO QUE ME ENAMORA.**

Nada digo á tu pié, nada á tu frente,  
Nada del tinte de tus labios rojos,  
Y nada de la gasa trasparente  
Del cielo azul de tus azules ojos.

Yo no sé si me encanta tu figura;  
No es cantar tu belleza lo que anhele;  
Que es muy débil mi voz, mi lira impura,  
Para hablar de los ángeles del cielo.

Mas hay en tí una cosa que fascina  
Mi ideal, mi ilusión y mi sentido;

Tentadora, fugaz, leve, divina,  
En piélagos de amor mundo perdido.

Tu rubia cabellera es lo que adoro;  
Ella alimenta de mi amor la llama,  
Cuando en tu seno como lluvia de oro  
Sobre campo de nieve se derrama.

Rizados copos,  
Airosa gualda,  
Sobre tu espalda  
Como la nieve  
Blanda se mueve,  
Y al soplo leve  
Del aura leda  
Como la seda  
Se desenreda,  
Y en el trenzado  
Y el movimiento  
Se va enredando  
Mi pensamiento.  
Sigue la ruta  
De sus destellos,  
Dénle una gruta  
Tus rizos bellos

Donde se escondan los corazones;  
Que están en tus cabellos  
Mis ilusiones.

Esto y mas, prenda mia, te dijera  
Al girar de tus rizos seductores;  
Al caer de tu rubia cabellera  
Cual manto que descíen los amores.

Pero temo que llegues á enfadarte  
Y al fin escuche de tus labios bellos,  
Qué manera tan nueva de adorarte  
Es coger al amor por los cabellos.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

**Madrid.**

« ¡Qué bien está el hombre donde no está! » ha dicho no sé quién, explicando de esa manera la inquietud interior que á todos nos empuja hácia otra parte, hácia cualquier punto con tal que no sea aquel en que nos encontramos.

El hombre es así: desea todo lo que no es, quiere todo lo que ve y aspira á todo lo que no puede.

Siempre le ha sucedido esto, poco mas ó menos, desde que Adán se empeñó en saberlo todo, en poderlo todo, en quererlo todo; pero ahora que se ha concedido á sí mismo el uso soberano de su razon, parece que se ha vuelto loco.

Hé aquí el movimiento continuo producido por el hombre y aplicado á la industria de eso que se llama vivir.

La marcha de la humanidad en estos tiempos positivos tiene un itinerario muy sencillo, tan sencillo que puede reducirse á esta expresión breve y compendiosa: cada uno va á su negocio.

Madrid es una población llena de vida, de movimiento, siempre hay una parte de este copioso vecindario que se mueve, ya en una dirección, ya en otra, ya en todas direcciones, como si estuviera condenado á no tener un momento de reposo.

Esta agitación incesante, este oleaje continuo cansa y marea cuando se está en Madrid, y se echa de menos cuando se vive algún tiempo en cualquiera de esos rincones de España donde todavía no ha llegado el gran movimiento del siglo XIX.

¡Qué hermoso es el campo, qué dulce es la soledad de la vida, apartada del bullicio de las gentes; qué paz se respira en esos pequeños pueblos donde se vive de cualquier modo, donde el tiempo sobra, donde vivir es matar el tiempo!

Esto se piensa en Madrid, se dice desde Madrid. Esto se ve desde Madrid como un sueño, como una perspectiva.

Pero hé aquí que cambia la verdad de las cosas, que el sueño se realiza, que la perspectiva se acerca.

De esta operación se encarga cualquier camino de hierro.

En el discurso de una noche, Madrid desaparece de nuestros ojos como la decoración de un teatro, y despertamos en la soledad dulce de la vida apartada del bullicio de las gentes, en medio de la paz que se respira en esos pequeños pueblos donde se vive de cualquier modo, donde el tiempo sobra, donde vivir es matar el tiempo.

Desde ese momento Madrid se dibuja ante los ojos de nuestro deseo, en ese lienzo mágico que todos tenemos siempre preparado para pintar las cosas á nuestro gusto. Madrid, pues, surge del fondo misterioso de nuestra

imaginación inquieta, y se nos presenta á lo lejos con todo el atractivo de la distancia.

Entonces ¡qué hermoso es Madrid! ¡qué calles! ¡qué animación, qué vida aquella!

¡Qué triste es todo lo que nos rodea!  
El campo ¡qué monotonía tan insoportable!  
Los pueblos ¡qué feos, qué oscuros!  
Las gentes ¡qué insustanciales!

Madrid nos llama con la voz de todos sus atractivos, multiplicados por la distancia.

Aquí se vegeta, allí se vive.  
¡Qué bien está el hombre donde no está!

La vida está llena de encantos, el mundo es muy alegre, y el hombre sería el ser mas feliz de la tierra si no tuviera por enemigo de su dicha eso que se llama realidad.

¡Qué grande es todo lo que se desea! ¡Qué pequeño es todo lo que se alcanza!

La realidad, hé ahí el verdugo de nuestra dicha, porque la realidad no es mas que el cruel despertar de un sueño agradable.

En el fondo del corazón humano hay un germen de tristeza que el hombre no puede extinguir.

Lo lleva consigo á todas partes.

Es un dolor sordo y profundo que no nos abandona, y damos vueltas y cambiamos de postura buscando un alivio imposible.

La civilización moderna ha hecho de la tierra un paraíso, preciso es confesarlo, el mundo ha llegado á ser una gran cosa.

Se han multiplicado los medios de satisfacer todos los apetitos.

Se han perfeccionado, digámoslo así, todas las maneras de gozar.

Han llegado á un adelanto maravilloso la comodidad y los placeres.

Confesémoslo con franqueza y con orgullo, la vida está rodeada de encantos; nada falta á nuestra felicidad; todo está hecho.

Entre los adelantos del siglo hay uno que parece el complemento de esta soberbia obra.

Venia el hombre desde el principio del mundo atormentado por un cáncer que lo afligía sin descanso.

La ciencia no había llegado á tropezar con el modo de librarnos de semejante desdicha.

Tropezaba con una dificultad insuperable.

Destruir la enfermedad era destruir al hombre; arrancarle la dolencia era convertirlo en bruto.

Pero este escrúpulo de una ciencia tímida no podía ser bastante para que la sabiduría moderna detuviera sus pasos de gigante.

El cáncer se cauteriza.

Hay una filosofía que es como el específico de la enfermedad, que infiltrándose en el espíritu humano ahoga la dolencia.

Ese cáncer roedor se ve desalojado; se le extirpa completamente, obligándole por la acción poderosa del medicamento á dejar al hombre en completa libertad de vivir, llenando el saco de la vida con la amplia satisfacción de todos sus apetitos, sin dolor, sin pena, sin inquietud ninguna.

El cáncer vencido, la enfermedad aniquilada es la conciencia.

A la vida del hombre se le ha quitado el dolor del remordimiento.

Para que fuera libre en toda la extensión de la palabra, era preciso sustraerlo de la acción continua, de ese fiscal que llevaba dentro de sí mismo como el espía insoportable de sus mas ocultas acciones y de sus mas íntimos pensamientos.

Era preciso sacarlo del dominio de la atracción, de ese fuero especial que se llama el fuero interno.

Había que abolir ese tribunal privilegiado, que se había apropiado el privilegio de juzgar á los hombres condenándolos á la pena de los remordimientos, por acciones ó por propósitos, sin información sumaria, sin testigos, sin pruebas legales, sin vistas públicas, sin ninguna formalidad de cuantas son necesarias para la acción de la justicia humana.

La conciencia es una coacción que venia á limitar, á reducir la libertad que nos hemos concedido.

Era una traba puesta á sus acciones, y ¡qué horror! hasta á sus mismos pensamientos.

Era la previa censura llevada hasta el último rincón de su mas escondido pensamiento.

Era la ley ominosa que impone al hombre un castigo inevitable, no solo por lo que hace, sino ¡pásmense ustedes! por lo que piensa.

Convertido el mundo en paraíso, multiplicados los goces, aumentados los placeres y libre el hombre del peso de su propia conciencia, debía ser el animal mas feliz de la tierra.

Pero ¡ah! es ingrato, continúa siendo infeliz, cada vez mas infeliz.

Tanta felicidad como se le proporciona, la paga con tanta desdicha.

Compadecemos á esos seres desdichados que pasan el día encorvados bajo el peso del trabajo, que se «acurruca» de noche en el rincón de una choza, que apenas comen, que apenas van vestidos, y en verdad no somos justos; las grandes miserias, las grandes desdichas se encuentran entre los que viven, entre los que gozan.

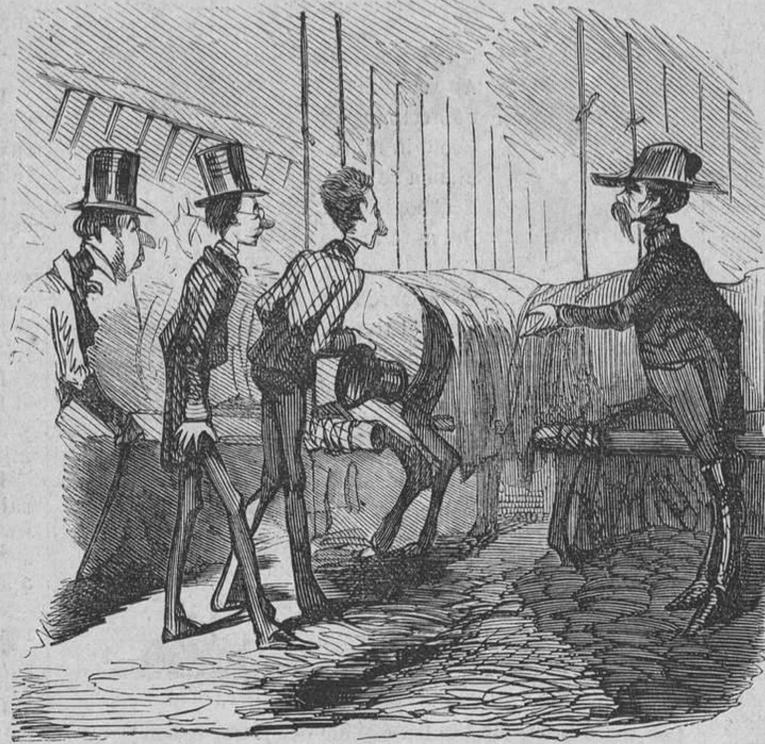
En Madrid están reunidas todas las felicidades de la tierra, esto es, todas las inquietudes, todos los dolores, todas las angustias de la vida.

José SELGAS.

LA EQUITACION, POR STOP.



Organizacion predestinada.



En la cuadra. — Señores, tengan Vds. la bondad de pasar adelante.



Reflexion filosofica. — Objeto tan útil en un picadero, como enojoso en un interior doméstico.



El primer paso.



El primer trote.



El primer galope.



Un cigarro, John, y dame un animal sin resabios.



El salto. — A caballo, joven.



Modo de sentarse al volver de la leccion.

LA EQUITACION, POR STOP.



La leccion. — La vista debe ir siempre entre las orejas del caballo.



Los movimientos del caballo y los del jinete deben ser los mismos.



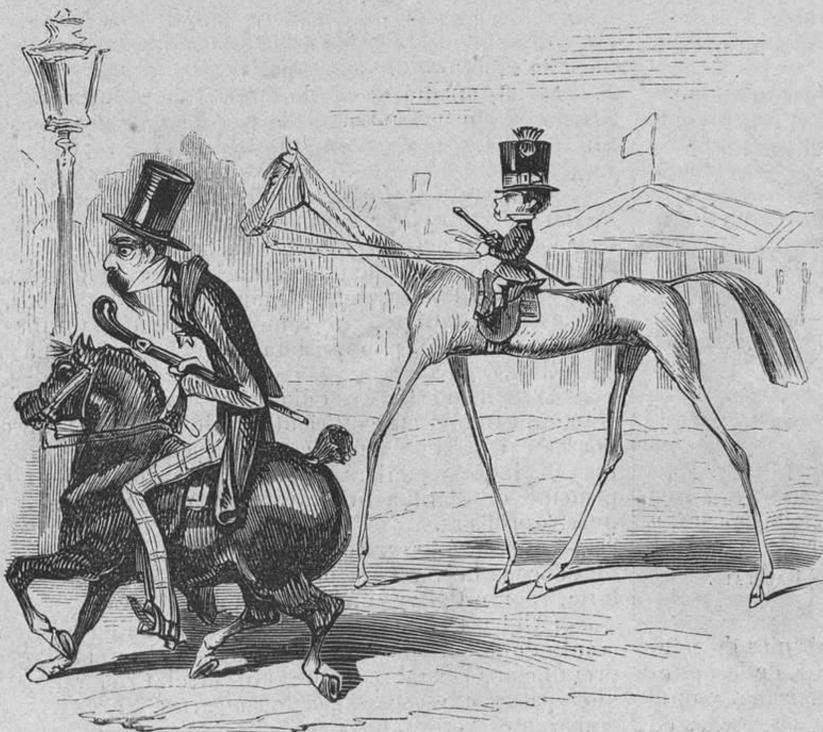
Ensayo, á puerta cerrada, de un gracioso saludo al objeto amado.



Representacion del susodicho saludo en presencia del susodicho objeto.



La equitacion á la francesa, á la inglesa y á la oriental.



Un miembro del Jockey-Club y su groom.



Inconveniente de montar para paseo un caballo que ha estado en el ejército.



Efectos de la equitacion en la economía animal.

## Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuación.)

La idea de evadirse cruzó entonces por su mente, y pronto como el pensamiento, aseguróse de la solidez de la cuerda. Al ver que esta era muy fuerte, y que llegaba al suelo, Crichton lanzó una exclamación de alegría, pero la reprimió bien pronto al acordarse que no podía abandonar á la veneciana.

La hermosa Ginebra adivinó el pensamiento, y reuniendo toda su energía, arrojóse á los piés del generoso caballero, y le rogó aprovechase aquel medio de salvación que se ofrecía por sí mismo.

— ¿Y quereis que os deje aquí para caer en manos de vuestros perseguidores y de Gonzaga? exclamó Crichton. ¡Jamás!

— No penseis en mí, noble caballero, contestó Ginebra; yo también tengo un medio para evadirme. Partid, partid, os lo suplico. ¿Qué es mi vida comparada con la vuestra? Os juro por la Virgen que si no me obedecéis, me precipito desde esta columna para salvaros y librarme de la persecucion.

Al pronunciar estas palabras, la jóven se adelantó hacia el borde de la columna, resuelta á cumplir su amenaza.

— ¡Deteneos, deteneos! exclamó Crichton: ambos podemos salvarnos. Dadme la mano, imprudente jóven.

Y antes que Ginebra hubiese podido dar un paso, sujetóla Crichton con mano vigorosa, rodeando la esbelta cintura de la jóven con su robusto brazo.

La primera cosa que hizo el caballero Crichton, fué cerrar la puerta de la trampa, cuya cerradura debia ofrecer tan poca resistencia á los hercúleos hombros de Loupgarou.

Después arrojó la cuerda en el espacio, y adelantándose para mirar si llegaba al suelo, vió que Ogilvy, comprendiendo la maniobra, se habia apoderado del extremo para facilitar el descenso.

Pero el bravo escocés, que se batía furiosamente contra dos enemigos, no pudo seguir prestando su eficaz auxilio, y tuvo que abandonar por el momento á su antiguo amigo.

Entonces Crichton probó de nuevo la solidez del nudo, cogió su puñal con los dientes, para defenderse de los que le atacasen, rodeó vigorosamente la esbelta cintura de Ginebra sin atender á sus ruegos, y agarrándose con fuerza á la cuerda, lanzóse resueltamente en el espacio.

Durante un momento la cuerda vibró con el peso de aquellos dos cuerpos, y al sentirse balancear en el aire, Ginebra no pudo reprimir un grito. Viendo después la espantosa distancia que la separaba del suelo, sintióse dominada por un vértigo, é inclinando la cabeza sobre el hombro de Crichton, cerró involuntariamente los ojos.

Entre tanto la cuerda seguía en sus oscilaciones, y ocupado Crichton con su preciosa carga, no pudo asegurarse bien por no poder emplear mas que un solo brazo.

El peligro pareció por un momento inminente, pues la tension de los músculos del caballero era demasiado grande para que durase mucho tiempo, pero su energía era inagotable, y al fin, después de prodigiosos esfuerzos, consiguió cruzar las piernas al rededor de la cuerda, y comenzó á bajar.

En aquel momento sobrevino un incidente que hizo aun más peligrosa la situación del caballero.

Llenos de asombro ante la atrevida acción de que eran testigos, al lanzarse Crichton de la columna, los combatientes que estaban abajo, amigos y enemigos, suspendieron las hostilidades como de comun acuerdo. Era aquel hecho tan arriesgado y peligroso, que todos consideraron al escocés como hombre perdido; pero cuando le vieron resistir á las oscilaciones de la cuerda, su admiración no reconoció ya límites.

Blount arrojó su sombrero al aire lanzando ruidosos hurras, y sus adversarios mismos no pudieron reprimir un movimiento de asombro.

Ogilvy se precipitó entonces á coger la cuerda para sujetarla; pero en el mismo instante fué atacado por uno de sus enemigos, y en la lucha, aquella se agitó violentamente, poniendo en gran peligro á Crichton, que solo después de grandes esfuerzos consiguió restablecer el equilibrio.

— ¡Miserable! gritó Ogilvy hundiendo su puñal en el pecho de su enemigo, ¡ahí tienes la recompensa de tu traición! ¡Ah! ¿qué es eso? añadió, viendo un paquete de cartas y una banda, que aquel hombre tenía en la mano.

Y ya iba á coger dichos objetos, cuando llamó su atención un grifo de Blount.

— ¡Ah! ten cuidado, noble Crichton, gritaba el inglés, ten cuidado, te digo. Que san Dunstan y santo Tomás te protejan, y todos los santos del cielo. ¡Detente, perro, cobarde!... ¿qué vas á hacer? ¡Que la maldición de san Withold caiga sobre tu cabeza!

Esta última parte del apóstrofe de Blount se dirigía á Loupgarou, cuya gigantesca estatura aparecía en aquel

momento sobre el arquitrabe de la columna, y que se preparaba á cortar la cuerda.

— ¡Oh! gritó Blount, ¡que no tenga aquí una honda para herir en la frente á ese maldito filisteo!

Advertido por estos gritos, y sintiendo un brusco movimiento en la cuerda, Crichton miró hacia arriba, y vió el semblante feroz de Loupgarou, que advertido por Caravajia, habia descubierto el medio empleado por el caballero para evadirse, y que estaba resuelto á vengarse.

Por sus gestos y su feroz sonrisa, era evidente que queria martirizar á su enemigo antes de cortar la cuerda, y en efecto, cogiéndola con ambas manos, comenzó á moverla en todas direcciones.

A pesar de las violentas sacudidas que esto le hizo experimentar, Crichton se mantuvo firme, visto lo cual por Loupgarou, sacó su espada y se puso á limar lentamente la cuerda. El caballero se hallaba entonces á sesenta piés de elevación.

— ¡Oh, oh! aulló el gigante, no vayais tan aprisa, hermoso caballero: *qui vult perire pereat*. ¡Oh, oh! ya llegareis á tierra sin tanto trabajo y de una manera mas expedita: *sternitur exanimisque tremens procumbit humi*. ¡Oh, oh!

— ¡Esa será tu suerte, gran buey! gritó Chicot á su espalda con voz aguda, y empujando al gigante en el espacio con toda su fuerza. ¡No tan aprisa, querido Titan, no tan aprisa!

— ¡Infame! aulló Caravajia arrojándose sobre el bufon para precipitarle; tú seguirás á tu víctima.

Pero apenas acababa de pronunciar estas palabras, sintióse sujeto por la vigorosa mano de Joyeuse, que apareció de repente en la cúspide de la columna.

Loupgarou hizo un poderoso esfuerzo para agarrarse á una cornisa, y después á la cuerda, mas no le fué posible conseguirlo: el peso del cuerpo aceleró la caída; su cráneo se estrelló contra uno de los salientes de la columna, y al llegar Crichton á tierra, pudo ver el cadáver del gigante completamente destrozado.

En aquel momento dejóse oír el agudo son de una trompa, y mas de veinte hombres armados, con la librea del vizconde de Joyeuse, rodearon á los combatientes.

— ¡Rendid las armas en nombre del rey! gritó el oficial que mandaba la guardia. Caballero Crichton, en nombre de S. M. muy católica Enrique III, sois mi prisionero.

— ¿Dónde está vuestro jefe? preguntó Crichton con altivez. Solo á él me rendiré.

— Héle aquí, *querido mio*, gritó Joyeuse desde la punta de la columna; voy á reunirme con vos, y os daré todas las explicaciones necesarias, pero entre tanto es preciso que seais mi prisionero, tanto mas cuanto que vuestro adversario Gonzaga se ha entregado sin resistencia.

— Está bien, contestó Crichton arrojando su daga.

No nos detendremos á describir las entusiastas felicitaciones de Ogilvy y de Blount. El primero se apresuró á desembarazar á Crichton de su preciosa carga, y mandando en brazos á la jóven veneciana, contemplóla con creciente admiración, sin poder reprimir las mas extrañas emociones.

— ¡Ah! exclamó Crichton volviéndose hacia Blount, ¿ha llegado aquí tu perro?

— Héle aquí, contestó el inglés acariciando á Druida; el pobre ha salido de la batalla con una ligera herida, causada por la bala de un mosquete.

— ¿No habeis visto una banda atada á su cuerpo? preguntó Crichton.

— Yo no he visto nada, contestó Blount, lleno de asombro.

— ¡Una banda! repuso Ogilvy; ¿no contenia un paquete?

— Sí, dijo Crichton; ¿lo habeis visto?

— Aquí está, exclamó Ogilvy, lanzándose hacia adelante. ¡Ah! añadió, hé aquí la banda y un nudo de cinta, pero el paquete ha desaparecido.

— Búscalo; acaso esté por ahí.

— No lo encuentro en ninguna parte, murmuró Ogilvy después de buscar largo rato.

— ¡Ah! exclamó Crichton con acento desesperado; ¡todos mis esfuerzos han sido infructuosos! ¡He perdido esos papeles que acaso no volveré á encontrar!

## SEGUNDA PARTE.

## XX.

## HIC BIBITUR.

¡Comamos y bebamos, hijos míos, y brindemos después por las hermosas!

(*Gargantua*, lib. II) RABELAIS.

El día siguiente á los sucesos que acabamos de referir, á eso de las dos de la tarde, el interior de la hostería del *Halcon*, situada en la calle del Pelicano, y muy conocida por la excelencia de sus vinos y las gracias de su dueña, presentaba un aspecto muy animado.

Las mesas se veían cargadas de toda clase de sabrosas viandas, y los bancos de alegres y ruidosos parroquianos, entre los cuales se encontraban numerosos estu-

diantes y apuestos mosqueteros ó suizos, que brindaban á porfía por la hermosa Fredegonda, la divinidad que imperaba en la hostería del *Halcon*. Al decir que los vinos de la hermosa Fredegonda eran generalmente apreciados, no hacemos sino repetir la opinión de todos los miembros de la universidad; y al afirmar que sus encantos eran el tema de la admiración general, solo reiteramos los sentimientos expresados por todos los alegres lasquetetes ó capitanes gascones de los *Cuarenta y cinco* del duque de Epernon, cuyas lanzas se veían siempre á la puerta de la hostería, y cuyas espuelas resonaban de continuo en el gran salón de aquel templo de Baco.

Atraídos por la reputación de su belleza, todos los aficionados al buen vino y á la buena mesa acudían presurosos á la hostería de Fredegonda, que era su principal punto de reunión.

En fin, para resumir, diremos que la buena hostalera permanecía viuda á pesar de sus gracias, y que se sospechaba favorecía secretamente al partido de los hugonotes.

El día de que vamos hablando, hallábanse entre los parroquianos de la hermosa Fredegonda, el estudiante de la Sorbona, el bernardino, los estudiantes de Harcourt y Montaigu, y otros dos miembros de aquella pandilla de calaveras de que no hemos hablado hace tiempo.

A pocos pasos de los estudiantes, muy ocupados entonces en hacer los honores á un magnífico jamon, y en apurar sendas copas de malvasia, hallábanse Blount con su fiel Druida y Ogilvy.

A corta distancia de este, sentado en el mismo banco, veíase un jóven cuyas facciones desaparecían completamente bajo las anchas alas de un gran sombrero, y que á juzgar por su inquietud y agitación, no parecia hallarse muy á gusto entre aquella reunión, donde sin duda le arrojara la casualidad, mas bien que su propio deseo.

Dejando á un lado el resto de los concurrentes, nos detendremos en contemplar á un caballero de agradable aspecto, que se habia colocado lo mas cerca posible de la hermosa Fredegonda, con la cual parecia estar en la mejor inteligencia.

Nada de notable tenia el traje de este hombre: componíase tan solo de un fuerte colete de búfalo, luenga capa de sarga negra, un ancho sombrero con pluma verde, larga espada y largas espuelas. Pero habia tal gracia en sus maneras, tanto fuego en sus ojos y tal expresión en su voz, que bajo el sencillo traje de simple caballero se adivinaba una persona de mas importancia.

Sus formas eran bien proporcionadas, su falle esbelto, su aspecto marcial y airoso, y su mirada la de una persona mas acostumbrada á mandar que á obedecer. Espesos bigotes negros sombreaban su labio superior, y la expresiva mirada de sus ojos revelaba al hombre nacido lo mismo para conquistar á las mujeres que á los hombres y los reinos.

La hermosa Fredegonda encontraba al caballero irresistible, lo cual dió lugar á que su último amante, un soberbio sargento suizo que estaba junto á otra mesa cerca de aquel, les lanzase iracundas miradas, acariciando su barba, como si meditara alguna venganza contra su afortunado rival.

Por lo demás, el uniforme del suizo era espléndido, comparado con el modesto traje del caballero, y su elevada estatura le daba un aspecto imponente y marcial; pero ni una cosa ni otra llamaba la atención de la bella Fredegonda, que parecia estar entusiasmada por el caballero del colete de búfalo.

Sin embargo, los estudiantes habian desocupado ya sus botellas, y por lo tanto comenzaron á pedir mas vino, gritando con toda la fuerza de sus pulmones, para llamar la atención de Fredegonda.

— ¡Hola, tabernera! gritaba el estudiante de la Sorbona, golpeando la mesa con sus puños, dejad el amor por un momento, y bajad á la bodega á buscar mas vino. ¿No sabeis que tenemos prisa?

— Sí, sí, añadió el bernardino, venga de beber, y pronto. El torneo proclamado por los heraldos empezará á las doce, y ya son mas de las diez. ¡Por san Jorge, dadnos mas vino ó la llave de la bodega!

— Las barreras están ya levantadas, gritó el estudiante de Harcourt; yo he visto á los carpinteros y tapiceros trabajando sin descanso. Toda la fachada del Louvre que da á los jardines, resplandece con la selería y los escudos; los caballeros y pages llegan en todas direcciones, y os aseguro, amigos, que vamos á presenciar un magnífico espectáculo. ¡No quisiera faltar, por mi sotana de bachiller!

— Ni yo, contestó el estudiante de Montaigu. ¡Diablo! veremos cómo el amigo Crichton sale del compromiso. Combatir con la palabra ó con la espada, son dos cosas muy distintas, y pudiera suceder que encontrase en el principe de Mantua un adversario mas temible que nuestros sofistas.

— Le bastará hacer con Gonzaga lo que ha hecho con una docena de vosotros, imbéciles, para obtener la victoria, repuso Ogilvy con acento burlón.

— ¡Ah! ¿estais ahí, mi bravo escocés? dijo el estudiante de la Sorbona; no os habia visto aun; pero basta pronunciar el nombre de su santo patron Crichton, para que aparezcan escoceses por todas partes. Me alegro sin embargo de veros, amigo Ogilvy, pues tenemos que arreglar cierta cuentecita pendiente.

— Cuanto antes mejor, gritó Ogilvy desenvainando su daga, y lanzándose hacia su adversario. Creí que habiais sido azotado ya por el verdugo del Chatelet; pero

no me pesa tener que castigaros por mi mano. ¡Defendeos, miserable!

— Dejarme antes almorzar, contestó con la mayor flemma el estudiante de la Sorbona. Tan pronto como haya concluido, tendré el honor de cortaros el cuello; *sede interim quoesse*. Ahora no estamos en el Prado de los Clérigos, sino en la jurisdicción del preboste de París, y malditas las ganas que tengo de que me metan en un calabozo por vuestro gusto. Sentaos pues ahora, y terminaremos despues nuestro asunto.

— ¡Cobarde! gritó Ogilvy. ¿Será un bofetón bastante para hacerte variar de opinion?

Y ya levantaba la mano para cumplir su amenaza, cuando la hermosa Fredegonda, que habia presenciado la disputa, se arrojó entre ambos antagonistas, exclamando:

— ¡Por el buen san Eloy! ¡una disputa á estas horas en mi respetable casa!... Envainad vuestros aceros, ó llamo á la guardia para que os arreste. ¡Oh! ¿habeis creído por ventura que sea esta una vana amenaza?... Ahora lo veremos. Maese Jacobo, añadió Fredegonda dirigiéndose al sargento suizo, este es asunto vuestro. Restableced el orden.

Halagado maese Jacobo con ser al fin objeto de la atención de su inconstante querida, extendió la mano, y sin abandonar su posición, sujetó á Ogilvy, desarmándole con la misma facilidad que si hubiera cogido un bastón á un niño.

Blount, que era grande admirador de los ejercicios de fuerza, no pudo rehusar un murmullo de aprobación á la extraña prueba de vigor del sargento.

— Os devolveré vuestra arma tan pronto como recobreis la sangre fría, dijo maese Jacobo á Ogilvy, y por todos los santos, añadió mirando á los estudiantes con desprecio, partiré la cabeza al primero que se atreva á sacar su espada.

Ogilvy miró por un momento al atlético suizo con ojos chispeantes de indignación, y como si meditara las represalias; pero una voz dulce le llamó á su puesto, y la tranquilidad volvió á restablecerse.

El caballero, que habia visto la disputa con la mayor indiferencia, se dirigió á Fredegonda, al volver esta á su puesto, y la preguntó:

— ¿Cuál es, *amigueta mia*, el torneo de que hablan esos turbulentos estudiantes? Acabo de llegar á París con el enviado del rey de Navarra, y nada sé acerca de la corte. ¿Quién es ese Crichton, qué hace en París el príncipe de Mantua, y cuál es en fin la causa del duelo entre ambos combatientes?

— ¿Queréis por ventura que conteste á todas esas preguntas de una vez? contestó sonriendo Fredegonda. Ya conozco que sois extranjero, y puesto que me preguntais quién es Crichton, os diré que es un caballero escocés que por su hermosura, valor y gentileza, merecia ser un príncipe. Joyeuse, Epernon y Saint-Luc no pueden comparársele, y por lo que hace á su talento, básteos saber que ayer derrotó en una controversia á todos los jefes de la universidad. Hoy se bate con el príncipe de Mantua en los jardines del Louvre, y estoy segura de que obtendrá la victoria.

— A la verdad que segun eso es todo un héroe, contestó el caballero con una sonrisa; pero no me habeis dicho cuál es el motivo de su duelo con el príncipe. ¿Lo ignorais acaso, amor mio?

— Nadie lo sabe de cierto, contestó misteriosamente Fredegonda. Unos dicen que es por una jóven italiana. Al oír esto, el jóven que estaba junto á Ogilvy se estremeció.

— Otros aseguran, continuó Fredegonda, que el caballero Crichton ha descubierto una conspiración contra la vida del rey, en la cual están complicados Cosme Rugieri, el príncipe de Mantua, y otra persona cuyo nombre no se atreve nadie á pronunciar. Dicese tambien que esta noche última han pasado cosas muy extrañas en el palacio de Soissons; y por último, corre como veraz la noticia de que ha peligrado la vida del caballero Crichton por los celos de una gran dama, que hallándose con él en un banquete, vertió en su copa un veneno mortal.

— ¿De qué gran dama queréis hablar, amiga mia? ¿Supongo que no será de la reina madre?

— ¡Virgen santa! exclamó Fredegonda riendo á carcajadas; ¿quién habla de Catalina de Médicis? No hay cuidado de que el caballero Crichton se enamore de ella.

— Pues ¿de quién entonces? — Sois muy curioso, caballero. ¿Qué os importa saber cómo las reinas y otras grandes damas se vengan de la infidelidad de sus amantes?

— ¡Voto á sanes! esto me interesa mas de lo que os podeis figurar, pues no ignorais que pertenezco á la corte del rey de Navarra. ¿Supongo que no queréis hablar de su reina?

— Debeis comprender muy bien á quién me refiero, contestó Fredegonda con aire significativo; y á fe que esto os proporcionará una anecdota escandalosa para vuestro señor, quien seguramente no se pondrá mas pálido que vos al escucharla. ¡Ah, ah, ah!

— ¡Peste! exclamó el caballero mordiendo los labios. ¿Y será ese aventurero la causa de que Margarita no quiera abandonar la corte de su hermano para ir á reunirse con su esposo?

— Es indudable. Naturalmente le parecerá demasiado triste y lúgubre el Bearnés comparado con el hermoso Crichton. Pero ¿qué es eso, caballero? Os poneis muy serio.

— Las mujeres son capaces de poner serio á cualquiera, repuso el caballero con una sonrisa forzada;

mas advertid que estos estudiantes piden vino. Si me lo permitís, bajaré á la bodega para ayudaros.

La hermosa Fredegonda hizo una señal de asentimiento, y ambos se preparaban á bajar, cuando el gigantesco suizo interpuso su persona para impedir el paso.

La hostelera frunció el entrecejo, pero el suizo no se movió.

— ¡Voto al diablo! dijo dirigiéndose al caballero, si bajais á la bodega, yo tambien bajaré.

— Pero ¿no advertís que nos interceptais el paso, amigo mio? repuso el caballero con acento conciliador.

— ¡Hum! murmuró el suizo con tono brusco; ya lo veo, mas no me separaré de aquí.

— ¡Maese Jacobo! gritó Fredegonda con aire enojado; ¿no os he dicho mil veces que considero la obediencia como una de las principales virtudes de un marido?

— Sí, señora.

— Volved entonces á vuestro puesto.

— Advertid que no tengo aun el honor de ser vuestro esposo, señora.

— Si aspirais á ese honor, haced lo que os mando.

— Teneis un medio de hacerme obedecer inmediatamente.

— ¿Cuál es?

— Fijad el día de nuestro himeneo.

— Muy bien; veamos: ¿os conviene de hoy á un año? Maese Jacobo movió la cabeza.

— ¿No? pues bien, sea dentro de un mes.

Maese Jacobo hizo otro movimiento negativo con la cabeza.

— Entonces de hoy á ocho días, ¿os conviene?

Por toda contestación, el sargento abrió la puerta, y mientras la pareja salía de la sala sonriendo, volvió á su puesto, tarareando una marcha suiza.

— Hé ahí un hombre sensato, murmuró el caballero cerrando la puerta.

Volvamos ahora á Ogilvy y su compañero. Blount comia con muy buen apetito un trozo de carnero sazonado con un gran vaso de vino; pero Ogilvy no queria tomar nada, y era evidente que le dominaba la cólera.

La veneciana, pues no dudamos que el lector habrá reconocido en el jóven sentado cerca de Ogilvy á la infortunada cómica, se aproximó entonces al irascible escocés, y le dijo tocándole en un hombro:

— Quisiera salir de este sitio, amigo mio; un presentimiento de desgracia me oprime al corazón; el ruido me hace daño, y tiemblo al pensar que esos infames estudiantes podrian reconocerme. Además, añadió Ginebra con acento de reproche, veo que cumplís mal el encargo de vuestro compatriota, pues en vez de protegerme, me poneis en evidencia, provocando hostilidades.

— Perdonad mi imprudencia, hermosa señorita, contestó Ogilvy algo confuso; conozco que hice mal en dejarme arrebatar por la cólera; pero tratándose del honor de Crichton, no puedo contenerme.

— Vuestra fidelidad es digna de alabanza, amigo mio, contestó Ginebra, estrechando la mano del escocés con la mayor efusion. Conducidme fuera de aquí, y podreis volver, si os place, á vengaros de esos insolentes estudiantes.

— ¡Imposible! replicó Ogilvy. La escolta del vizconde de Joyeuse, que debe conducirnos fuera de las puertas de París para poneros en el camino de Italia, no ha llegado todavía, y debemos esperarla aquí por orden del caballero Crichton. No temais nada, señorita, que yo os defenderé hasta verter la última gota de sangre.

— Mi corazón abriga los mas tristes presentimientos, repuso Ginebra; pero puesto que tal es la voluntad del caballero Crichton, permaneceré aquí, aun cuando se me figura no hallarme todavía libre de ese temible Gonzaga. ¡Oh! añadió la jóven ruborizándose, si he de decirlos la verdad, preferiria permanecer en París para asistir al torneo. Si Gonzaga es vencido, nada tengo que temer.

— Sí; pero por parte de Rugieri y Catalina, aun os amenazan peligros, contestó Ogilvy; y además, debeis tener en cuenta que el rey ha dispuesto un combate con armas corteses, de modo que el príncipe puede ser vencido y no muerto. De esto resulta que el éxito del duelo no disminuye en nada el peligro.

— Es verdad, contestó Ginebra con acento desesperado; ya no le volveré á ver jamás.

— Ahora, escuchadme, señorita, dijo Ogilvy en voz baja. ¿Amais al caballero Crichton?

— ¡Caballero!

— Escuchadme. Yo sé que vuestro amor no es correspondido, y que su corazón pertenece á otra. Soy de una religion que mira con repugnancia á los que profesan vuestro arte; pero yo os amo, Ginebra, y si me atrevo á declararos mi pasión, es porque de un momento á otro puedo perderos. Solo os puedo ofrecer un corazón fiel y una fuerte espada. ¿Queréis aceptar mi mano?

— Caballero, contestó la veneciana con frialdad, mi profesion podrá ser profana y mis creencias idólatras; pero mi corazón no reconoce mas que una divinidad. Yo amo tan solo al caballero Crichton.

— ¿Y no hay ninguna esperanza para mí? preguntó Ogilvy acercándose á la jóven.

— Ninguna, repuso orgullosamente Ginebra, y si no queréis que me vaya, no volvais á decirme nada sobre este punto.

Una explosion de ruidosas carcajadas interrumpió el diálogo de ambos jóvenes, y oyóse la voz del estudiante de la Sorbona que entonaba una alegre canción.

La vuelta de Fredegonda, acompañada del caballero que llevaba una buena provision de vino, era la que

habia dado lugar á la interrupción del estudiante de la Sorbona, y como todas las copas estaban ya llenas, comenzó á reinar de nuevo la alegría entre los hijos de la universidad.

El bernardino insistió porque aquel caballero se sentase á su lado, y el estudiante de la Sorbona se creyó obligado á ofrecer un vaso de vino á maese Jacobo, quien lo apuró de un solo trago.

— Vamos, dijo el estudiante de Harcourt, veo con placer que nos ha traído del mejor vino, y bien medido; voy pues á beber á tu salud, camarada.

(Se continuará.)

**Una cacería imperial en Fontainebleau.**

El emperador, que se habia hecho anunciar hacia algunos dias en Fontainebleau, aprovechó una magnífica mañana de invierno para entregarse á la diversion de la caza á tiro. Habia helado la noche anterior, el terreno estaba un poco seco y bien preparado, y el sol brillaba en un cielo sin nubes.

Su Majestad llegó á eso de las diez de la mañana al puesto del camino de Orleans en compañía de los personajes convidados, que eran el príncipe de Metternich, el príncipe de la Moskowa, el general Fleury, el marqués de la Valette, M. Behic, el general conde Reille, el conde de Nieuwerkerke, el baron de Bourgoing y el baron Lejeune. El conde de Neufflieux, inspector de bosques, y los oficiales forestales de la corona daban la escolta á caballo.

Los cazadores se armaron inmediatamente y penetraron en el soto reservado, donde comenzó la batalla. Casi toda la población asistia á la caza desde el cerro de los Montes Agudos. Estando en estas alturas, hay un momento en que se ve toda la cacería.

Es un espectáculo imponente y curioso. Los tiradores avanzan á paso lento sobre una línea larga, á distancias iguales, el emperador en el centro, y seguidos de un doble cinturón de ojeadores y de guardias ú oficiales forestales, estos haciendo desfilar la caza, aquellos cargando las escopetas, otros apuntando los tiros.

Ante este aparato formidable, al ruido de la detonación consecutiva de las armas, los venados huyen á saltos desesperados, y los conejos aterrados buscan vanamente un refugio. De cada zarza sale un faisán; pero su vuelo es corto y los perdigueros le matan sobre la yerba que le ha visto nacer. A retaguardia hay guardas forestales ocupados sin descanso en recoger las piezas que caen.

Tal es, á grandes rasgos, el cuadro que se desarrolla ante los espectadores de los Montes Agudos; pero hé aquí lo que pasa entre bastidores, es decir, donde no penetran los profanos.

Un servicio de boca perfectamente organizado, y que ha salido de París en la misma mañana, ha llegado al soto un par de horas antes que el emperador y sus convidados. Se enciende la lumbre, se arma la cocina, se pone la mesa con sus líneas de botellas y sus pirámides de frutas. Aquí el talento del cocinero se complica con una dificultad hija de la circunstancia: es menester que la comida esté cocida á punto y que se sirva caliente con una temperatura de algunos grados bajo cero.

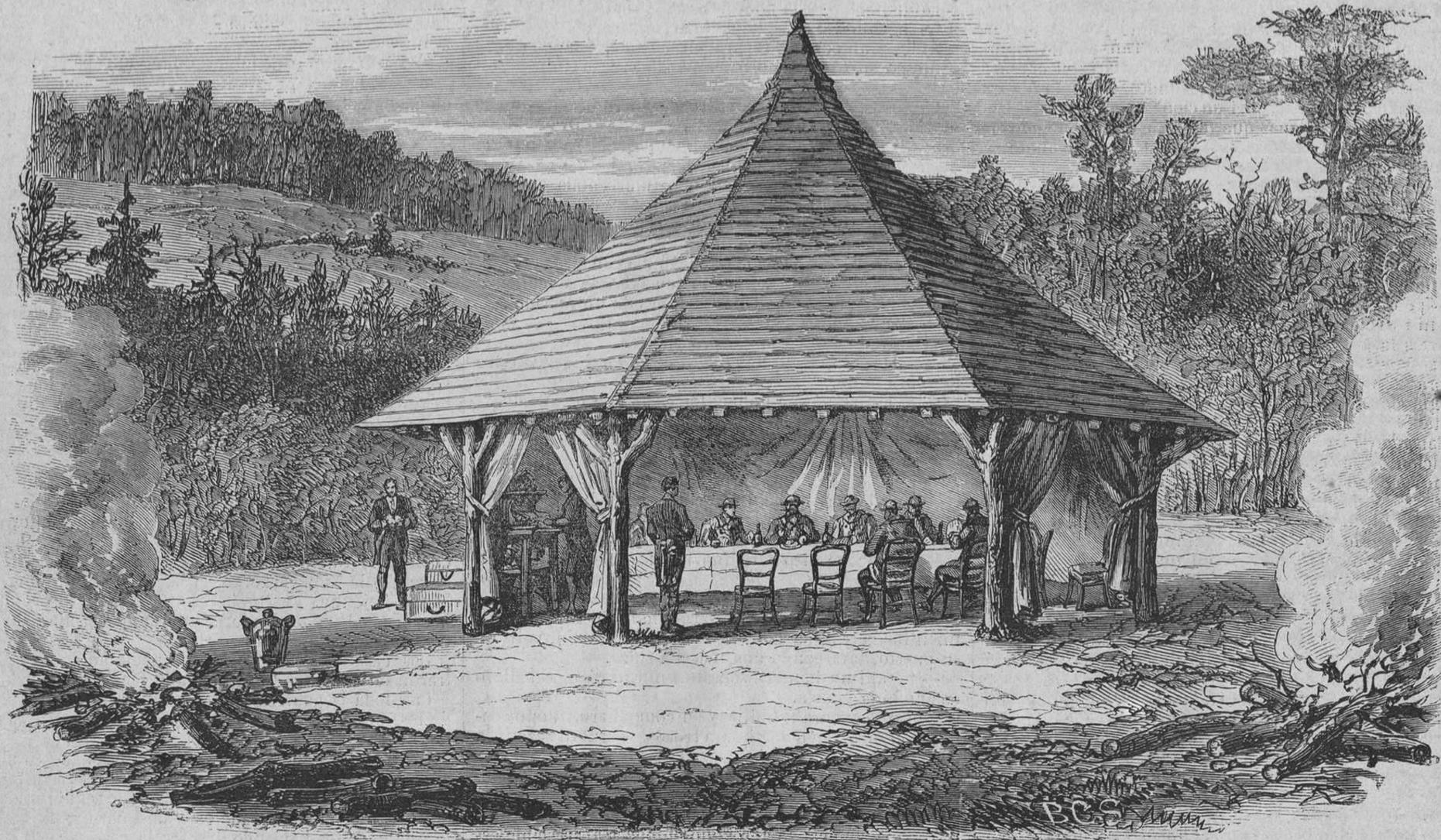
Los cazadores acuden, disparando siempre, á eso del medio día al rededor del campamento culinario. El almuerzo tiene efecto tambien al aire libre bajo un kiosco, mientras la banda de música de la guardia hace suceder al estrépito de la pólvora las melodias de Meyerbeer ó de Rossini. La comida es corta, aunque se sirve con mucho aparato. Al cabo de tres cuartos de hora se vuelve á la caza.

Los ojeadores y los guardas tienen su parte en este festin campestre. Para ellos se alinean regimientos de botellas, para ellos circulan canastos de pan y de carnes frias.

Hé aquí el resultado de la cacería del 11 de enero:

NOMBRES DE LOS TIRADORES.	CORZOS.	LIBRES.	CONEJOS.	FAISANES.	PERDIGES.	TOTAL.
S. M. el emperador. . . . .	3	1	18	295	22	339
Su Exc. el príncipe de Metternich. . . . .	6	1	19	171	9	206
Su Exc. el príncipe de la Moskowa. . . . .	6	1	27	121	7	162
Su Exc. el general Fleury. . . . .	4	»	13	106	1	124
Su Exc. el marqués de la Valette. . . . .	12	»	8	106	3	129
Su Exc. M. Behic. . . . .	8	»	18	96	»	122
El general conde Reille. . . . .	3	»	15	59	1	78
El conde de Nieuwerkerke. . . . .	6	»	21	97	2	126
El baron de Bourgoing. . . . .	14	»	22	58	1	95
El baron Lejeune. . . . .	3	»	4	20	1	28
	65	3	165	1129	47	1409

Mientras extendian tan ópimos despojos en la yerba del puesto de Orleans para formar el cuadro, segun el uso tradicional, S. M. hablaba de los resultados obtenidos en la faisanería de Fontainebleau y felicitó sobre este punto al conde de Neufflieux, á quien está confiada la administración del bosque.



Cacería imperial de Fontainebleau. — El Almuerzo.

**Juan Augusto Domingo Ingres.**

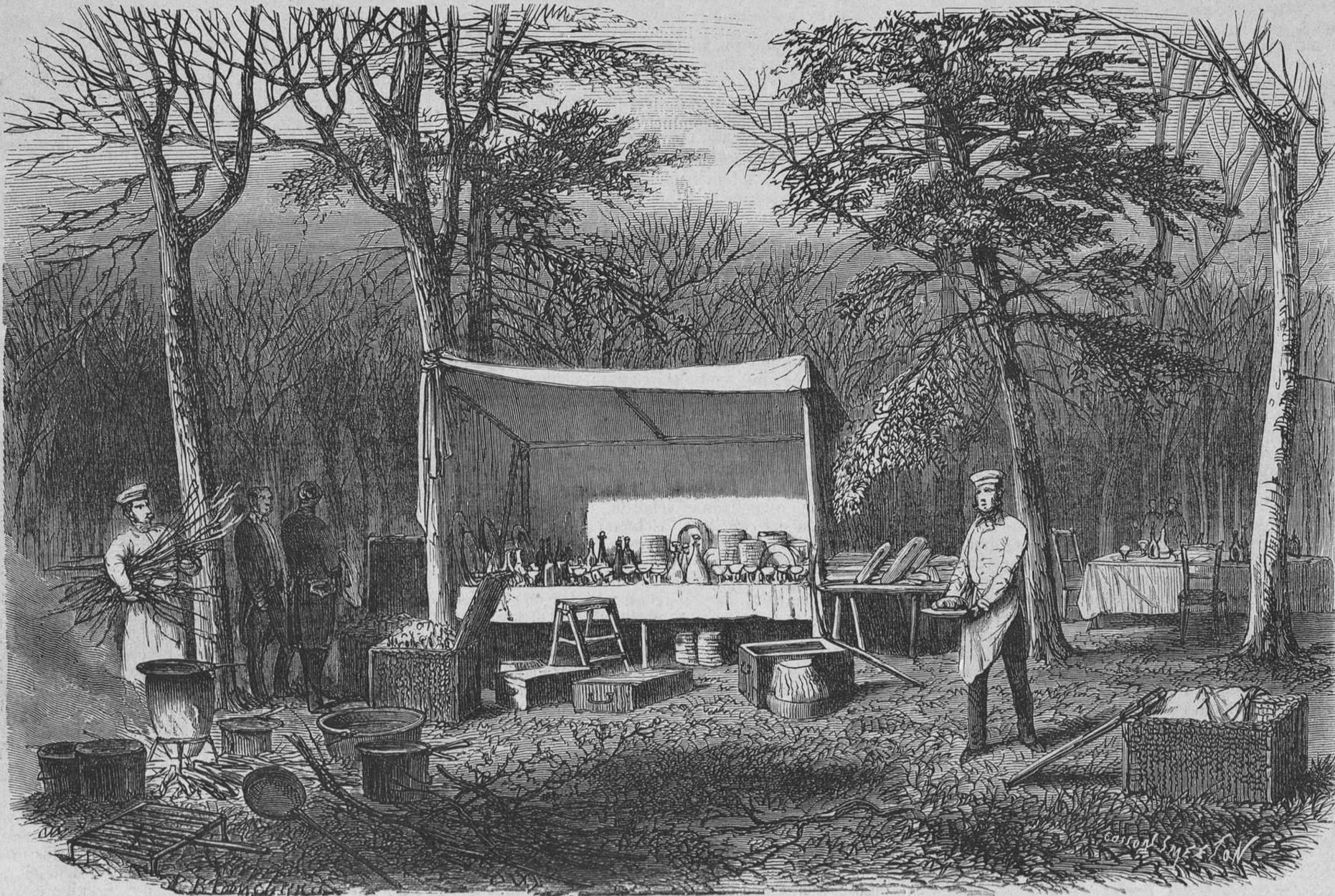
La muerte de Ingres, ocurrida el 14 de enero de 1867, ha sido para la Francia una desgracia pública. Un hombre de este temple, imperturbablemente adherido á las más puras doctrinas, firme en sus convicciones, lucha-

dor incansable y siempre victorioso de la forma, es un sublime ornato para un país como la Francia. Así la tristeza de esta muerte no solo ha sido sentido por aquellos que, familiarizados con las cosas del arte, han visto con dolor que se acababa una fuente tan viva aun de obras maestras, sino por el público que ha comprendido que habia tenido fin una de las glorias nacionales,

sin que haya nadie que sea capaz de tomar á cargo la herencia.

La vida de M. Ingres ha sido larga, mas siempre consagrada al arte, suministra pocos elementos al biógrafo.

Nacido en 1780 en Montauban, entra á la edad de doce años en la via que debia recorrer hasta su última hora.



La Cocina.

Una copia de Rafael, traída de Roma y expuesta en Tolosa, le reveló su vocacion, á lo que aseguran, y durante setenta años ha permanecido fiel al divino maestro que le procuró los primeros goces artísticos. Su padre, artista tambien, pero de una fortuna módica, le envió á Paris donde fué admitido en el estudio de David : en 1801 obtenia el premio de Roma, con el cuadro que aun se ve en la Escuela de Bellas Artes figurando en su puesto cronológico. Encargado por aquella época de hacer el retrato del primer cónsul, se encontró con Greuze en el palacio de Saint-Cloud, en una sala que debia atravesar el jóven vencedor. Bonaparte se detuvo un instante para que le presentaran los dos pintores; los miró con su vista de águila y dijo brevemente señalando á Greuze : « Este es muy viejo; » y señalando á Ingres : « Este es muy jóven. » Sobre lo cual pasó con su brillante séquito.

No obstante su juventud, Ingres hizo el retrato del primer cónsul, con casaca encarnada, que tanto se admiró en la Exposicion de 1855; hoy pertenece á la ciudad de Lieja á la que fué dada entonces que la Bélgica era provincia francesa.

Mientras el estado de las cosas políticas le permitia pasar á Roma á disfrutar el premio que habia ganado, Ingres hizo algunos retratos y algunos cuadros de historia.

En 1805, restablecida la paz y tranquila la Italia, marchó á Roma y de allí envió el *Oedipe et le Sphinx*, *Raphael et la Fornarina*, la *Odalisque couchée*, encargada por la reina Carolina de Nápoles, etc. Por un fenómeno que parece muy singular en el dia, Ingres, considerado como un clásico por la gente superficial ó ciega, suscitó un gran escándalo en la escuela dominante entonces. David, su maestro, le renegó con horror, y le echaron en cara que practicaba el arte miserable de la edad media. Ingres no se encontró con ánimo para sostener la lucha, y profundamente herido en su amor

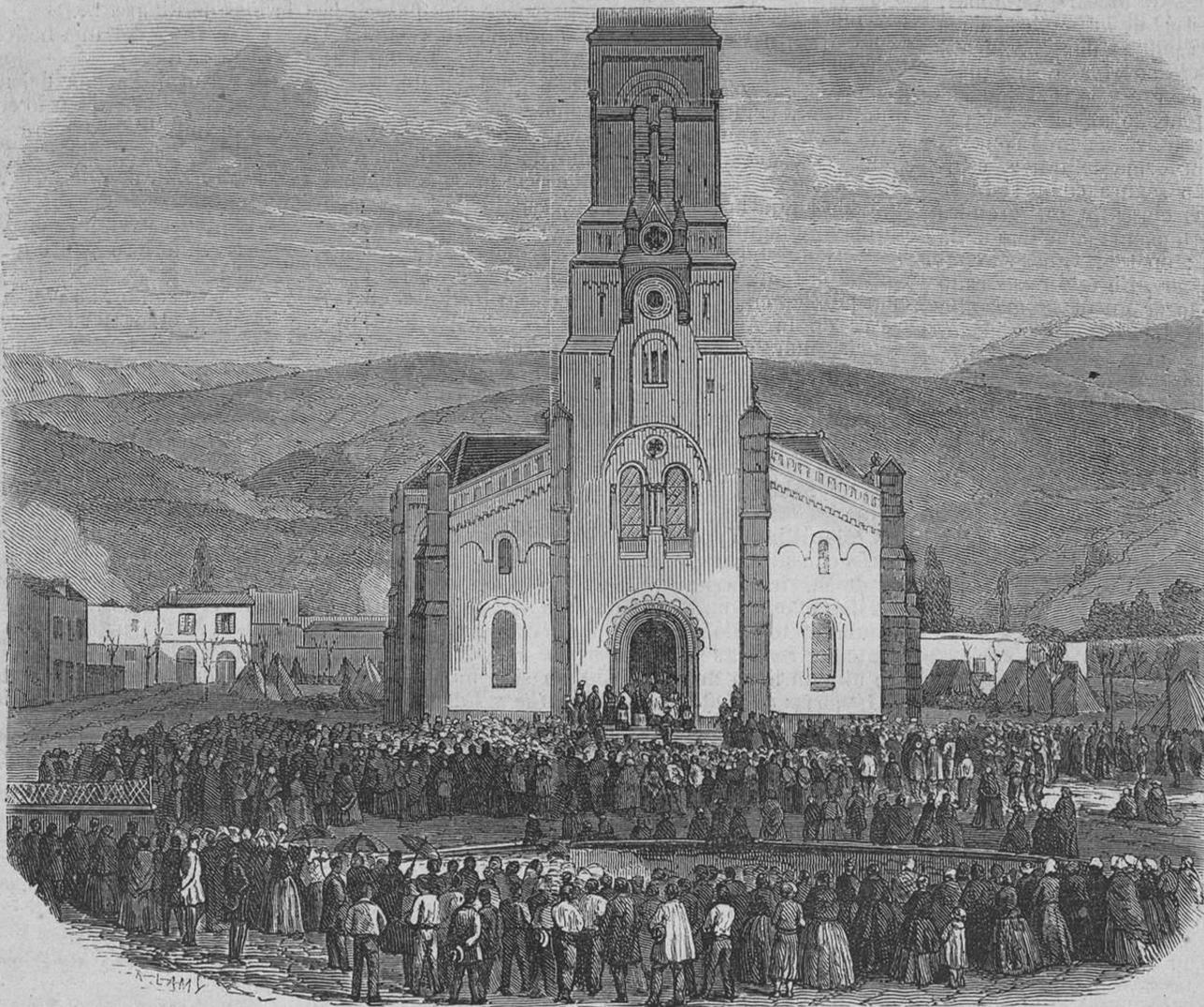
propio al ver tan maltratadas unas obras elaboradas con tanto celo, resolvió quedarse en Italia, una vez pasado su tiempo de escuela, y con efecto, allí permaneció, parte en Roma, parte en Florencia.

Quince años vivió en el retiro, trabajando incesantemente, estudiando todas las horas, y embebiéndose en el arte de todos los grandes maestros, sobre todo de

dole las puertas del Instituto. Estaba ya á la mitad de su vida y apenas comenzaba á resplandecer la gloria. En 1827 exponia la *Apothéose d'Homère*; en 1834 su *Martyre de Saint-Symphorien*, donde haciendo como una infidelidad á Rafael, demuestra una preocupacion evidente por Miguel Angel. Poco tiempo despues Ingres fué llamado á dirigir la Escuela francesa en Roma; no se podia dar á los jóvenes en los que deposita la Francia la esperanza de su gloria un hombre que correspondiera mas exactamente á lo que se llama un maestro. Allí se formó Hipólito Flandrin, su querido discípulo. Ingres conservó este cargo hasta 1841, y su regreso á Francia fué solemnemente festejado por aquellos á quienes asustaban las violencias del romanticismo.

Seguramente Ingres se hallaba muy lejos entonces de las pruebas que pesaron sobre una parte de su vida y agriaron su carácter: tenia un círculo de admiradores que se ensanchaba mas y mas cada dia, y la tormenta romántica le encontró tan insensible como las húmedas nieblas de la escuela clásica. Sin embargo, su obstinacion en no exponer á menudo cuando Delacroix exponia tanto, le impidió que la muchedumbre se familiarizara con su nombre y se iniciara en su genio. La Exposicion universal de 1855, que vió reunidas todas las obras de Ingres, señaló un nuevo período en su gloriosa carrera. Aun se recuerda en Paris la admiracion que produjo aquella sala, donde brillaban de un modo tan esplendente, imponiendo á todos el respeto que imponen

siempre las cosas augustas y serenas en su perfeccion absoluta, la *Apothéose d'Homère*, pintada como la habria podido pintar Apeles; el *Saint-Symphorien*, el *Vœu de Louis XIII*, la *Apothéose de Napoleon I*, de una majestad antigua y de una solemnidad divina; la *Vénus Anadyoméne*, el *Roger délivrant Angélique*, la *Vierge à l'hostie*, el *Saint-Pierre recevant les clefs du Paradis*, la *Jeanne*



Servicio divino celebrado el 6 de enero delante de la catedral de Blidah amenazando ruina, despues del terremoto.

Rafael. Sin embargo, la vida material era penosa : necesitaba dibujar retratos de viajeros, que le llevaban los cicerones, y el artista de genio les mostraba timidamente el *Pie VII à la chapelle* y el *Vœu de Louis XIII*, ya comenzado y que fué terminado en 1825.

Un tanto apaciguado con el gran éxito de esta obra, Ingres volvió á su patria, que saludó su regreso abrien-



Ingres.



Victor Cousin.

*d'Arc, las Deux Odalisques, la Baigneuse, el pape Pie VII tenant chapelle, el Paolo et Francesca, la Stratonice.* El talento del maestro no aparece menos brillante en los retratos. ¿Qué pintor ha expresado mejor la hermosura y elegancia de la señora del mundo? ¿Y qué energía en sus retratos de hombre, cuya penetrante mirada hace bajar los ojos al que los observa!

La Exposición de 1835 fué para Ingres la consagración pública de su talento: los representantes del arte de toda la Europa le otorgaron la gran medalla de honor, á la que añadió la Francia la placa de gran oficial de la Legión de Honor. Ingres habria podido dar por terminada su tarea, pues habia asistido en vida á su propia apoteosis; pero consideraba el reposo y la inacción como un crimen, como un robo hecho al arte. Así fué que continuó trabajando sin cesar, rehaciendo cien veces un cuadro antes de darle su forma definitiva, estudiando, copiando con mano tan segura como si fuese una mano de veinte años las obras de los grandes maestros. En 1839 dió la *Source*, poema completo de la adolescencia y de la virginidad; en 1862 vimos su cuadro titulado *Jésus parmi les docteurs*. En este mismo año el emperador, queriendo reconocer en él la mas alta expresión del arte contemporáneo, le llamó al Senado, dignidad que tampoco fué para él la señal del retiro. Ingres continuó dibujando hasta su última hora, y puede decirse que ha muerto en pie. Su alma, al dejar el cuerpo robusto que un siglo casi entero no habia debilitado, ha ido á tomar su puesto en aquella apoteosis de Homero que bien pudiera llamarse apoteosis del Genio.

T. G.

### Victor Cousin.

Pocos hombres han ejercido, en vida, mas influencia que Victor Cousin en el movimiento intelectual de la Francia. Bajo este concepto, su vida y sus obras merecen ser estudiadas y apreciadas, sobre todo en el momento en que una muerte repentina acaba de poner fin á una prolongada existencia.

Victor Cousin nació en Paris en 1792. Despues de haber hecho brillantes estudios y de haber obtenido triunfos de concurso que le señalaron á la atención de los hombres notables y benévolos que dirigian entonces la Universidad imperial, entró en la Escuela normal superior y tuvo por compañeros y por émulos varios hombres, con los cuales debia encontrarse posteriormente en las cátedras de la alta enseñanza, entre otros M. Villemain. No pasó mucho tiempo en las posiciones subalternas del profesorado, y desde los primeros tiempos de la Restauración, á veinte y cinco años, le encontramos ya encargado de reemplazar á Royer-Collard que la política y la administración mantenian lejos de la Sorbona.

Despues de los belicosos periodos de la República y del Imperio, no se oía en Francia mas que el ruido que hacia la elocuencia en nombre de las libertades y del derecho público. Si algunos veteranos lloraban la gloria desvanecida, una juventud ardiente y entusiasta buscaba consuelo en los gozes intelectuales. Todo el arte cambiaba. Los paseos militares por la Europa habian familiarizado á los franceses con las lenguas y literaturas extranjeras. En poesia como en historia, en crítica como en filosofía, habia necesidad de tomar en cuenta estos nuevos elementos, y era preciso hacerlo conservando el carácter propio.

M. Victor Cousin llegó oportunamente. Habia en él todo lo que debia agradar á los oyentes de la época de la Restauración. De sus labios salía con abundancia, y sin esfuerzo, una palabra animada y ardiente. La cabeza era hermosa y los ojos tenian un brillo que han conservado hasta la última hora. En suma, en todo el cuerpo habia bellezas plásticas que debian complacer sobremanera á los admiradores de Talma.

En cuanto á las doctrinas, su ausencia de precisión escapa á un auditorio demasiado jóven para sumergirse en las abstracciones y el absolutó de la metafísica. Se pagaban de palabras, con tal que fuesen sonoras. Cuando de lo alto de la cátedra llegaba á ellos una frase como esta: «Todo error contiene una partícula de verdad; toda verdad contiene una partícula de error» (frase que constituye todo el sistema ecléctico), aplaudian sin cuidarse de profundizar su sentido. Y estos aplausos embriagaban á M. Victor Cousin, que se hacia el sordo á las protestas venidas de las verdaderas oficinas filosóficas, por ejemplo, de la escuela de Broussais, ó las trataba con un desden supremo.

Por lo demás, seria injusto no reconocer que en el momento en que M. Victor Cousin dió un brillo tan grande á la enseñanza de la Sorbona, la filosofía del siglo XVIII se hallaba ya completamente desacreditada. Era imposible que se sostuvieran mas tiempo las teorías de Condillac, y Destutt de Tracy no podia luchar victoriosamente con la elocuencia que se apoyaba en Kant entre los modernos, y en Platon en la antigüedad. Preciso es decir también que en el terreno de la historia, M. Victor Cousin tenia, al menos para los espíritus superficiales, mas que nadie el derecho de no ser afirmativo en la doctrina. Y esto precisamente le han echado en cara: que ha querido erigir en sistema estas teorías fluctuantes, formando escuela, y que ya personalmente, ya por medio de sus discípulos, las ha preconizado como el *non plus ultra* de la sabiduría.

La revolución de 1830 encontró á M. Victor Cousin en el apogeo de su reputación como profesor. Un principio de persecución no empañó por cierto esta gloria. La revolución hizo del profesor liberal un hombre político, y así fué que entró en los consejos de la instrucción pública y figuró entre los pares del reino. Aquella palabra que habia cautivado á la juventud, no debia ya hacerse oír sino en las grandes asambleas políticas. Sin embargo, no por esto la influencia de M. Victor Cousin en las jóvenes generaciones debia ser menos considerable, pues dirigia la enseñanza filosófica en la Escuela normal superior, y esta dirección se extendia á toda la Francia. Preciso era pues, estar en las buenas gracias de M. Victor Cousin, para ocupar apaciblemente una cátedra cualquiera de filosofía.

No seremos aquí el eco lejano de todas las recriminaciones que durante diez y ocho años suscitó aquella omnipotencia. Bástenos decir que si la filosofía francesa ha dado algun brillo al siglo XIX, este brillo no se debe en manera alguna á la Escuela normal. Los Enfantin y los A. Comte no salieron de esta Escuela. M. Victor Cousin fué durante algunos meses ministro de la Instrucción pública en 1840. Ya pertenecía al Instituto en las clases de la Academia francesa y de la Academia de ciencias morales y políticas. Su ministerio le valió la cruz de comendador de la Legión de Honor, por manera que se hallaba en la cúspide de su fortuna cuando estalló como una bomba la revolución de febrero de 1848.

En algunas horas M. Victor Cousin volvió á su profesorado, á sus tareas de literato y de hombre de estudio; pero no subió á la cátedra, se contentó con tomar la pluma.

A esta última época de su vida debemos las obras que quizás con mas seguridad salvarán del olvido el nombre de M. Victor Cousin. Aunque considerase la *Traducción de Platon* como el monumento de su vida, aunque se hubiese tomado el trabajo de corregir minuciosamente sus *lecciones* y sus *fragmentos* filosóficos, creemos que ningun libro de M. Cousin ha sido mas leído que las *Historias de Madame de Longueville* y *Madame de Sablé* y otras obras sobre las épocas de Luis XIII y del jóven Luis XIV. En todos estos volúmenes hay muchas páginas que pueden figurar al lado de las mejores de la literatura francesa. M. Victor Cousin era un artista consumado en materia de estilo, y si hubiese solo querido escuchar sus gustos, sus tendencias y sus instintos, ningun escritor de estos tiempos le habria sido superior en Francia.

Desgraciadamente entró en la vida pública y conoció la embriaguez que producen los aplausos de la muchedumbre. Esto perjudicó al desarrollo de su naturaleza artística: cuando el filósofo se hizo historiador y novelista, siempre se descubria en él al par de Francia, al ministro y al grave académico. En suma, no se puede negar que Victor Cousin haya sido una de las grandes personalidades de nuestra época. En medio de las pérdidas que la elevaron tan alto de 1820 á 1850, la de Victor Cousin no será por cierto la menos sentida. J. B.

### La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

— Es que aun recordais sus intrigas de la juventud, repuso Rogelio; ¡pero ha cambiado tanto!...

— ¡No lo creas, hijo mio!... cada vez es su semblante mas diabólico. Vivid prevenidos, pues con toda esa fingida dulzura, medita algun pérfido plan: creedme, el ojo de la experiencia rara vez se engaña. Esa mujer tiene que hacer mucho daño y concluirá por tener un fin muy desgraciado. Lleváosla pronto, lleváosla de aquí...

— ¿Os parece, baronesa, que será hora de irnos preparando? dijo la marquesa acercándose al divan.

— Sí; precisamente estaba diciendo á Honorata que vaya á arreglar su tocado, en el que debe esmerarse mas que nosotras, porque su juventud y su belleza lucirán muchísimo esta noche.

— Teneis razon; pero me parece que á ella le ha de ser indiferente.

— Mi querida madrina no se engaña respecto á mis ideas, y conoce que me es igual ir sencilla ó elegante, porque no tengo pretension de hacer conquistas.

— Pero la tendreis de aparecer bella cual ninguna; este es un deseo natural.

— ¿De qué se trata? dijo Rogelio acercándose.

— De frivolidades, padrino, contestó Honorata.

— Entonces á ocuparse en cosas mas útiles, y sobre todo en aprovechar el tiempo; que se va haciendo tarde y deseo ver la salida de esos portentos que tanto llaman la atención de los diletantes.

— Sí, no debes perder minuto, añadió Flora; pues siempre á su salida cubren el escenario de flores sus numerosos apasionados.

— La tardanza no ha de consistir en mí; en cinco minutos estoy á vuestras órdenes, repuso Honorata sa-

liendo del gabinete y dirigiéndose á toda prisa á su tocador.

Quando entró, dijo á su doncella:

— Aurora, visteme pronto, que me esperan.

— ¿Y qué traje quereis?

— Uno cualquiera, todos me son iguales, puesto que no me ha de ver Rafael.

— Entonces este azul y blanco que tanto le gustaba.

— Con eso será un recuerdo á su memoria.

— ¡Pobre señorito, tanto tiempo desterrado entre las breñas de Pinares!...

— Te voy á dar una noticia, Aurora.

— ¿Es buena?

— Para mí la mejor del mundo.

— Entonces tambien lo será para quien os ama como vuestra humilde servidora.

— Mira, esta mañana nos ha manifestado mi padrino su resolución, de que nos casemos en diciembre, ya ves que faltan pocos dias.

— Entonces vendrá don Rafael muy pronto.

— No quiere su padre que venga hasta la víspera de la boda.

— ¿Y se conformará?

— Ya lo creó, si su mayor deseo es casarse pronto; ¿si vieras qué tierno y apasionado se muestra en sus cartas?... Dice que como está tan triste en aquel inmenso y solitario castillo, se pasa los dias enteros contemplando mi retrato y leyendo mis cartas.

— ¡Dios quiera hacerlos muy feliz!...

— Mi tia quiere ser madrina de la boda.

— ¡Malo! murmuró Aurora con disgusto; si la baronesa está en el secreto, no auguro nada bueno.

— Te pareces á doña Juana, la teneis antipatía, y yo desde que la conozco solo he recibido de ella muchas pruebas de cariño, y por otra parte, ¿por qué habia de aborrecerme si no tiene en el mundo otra persona de su familia? Al fin soy su única sobrina, y me ha prometido además hacer testamento á mi favor de todos sus bienes, el dia en que se firmen los contratos de mi boda.

— ¡Ojalá sean sus intenciones tan buenas como sus palabras!

Aquí cesó la conversacion, porque Honorata, hallándose completamente vestida, echó á correr á reunirse con sus amigos, los que la esperaban en el salon.

A poco montaron en el carruaje, que partió con rapidez.

VI.

UNA VISITA Á LOS PALCOS.

El teatro estaba animadísimo; era un lleno completo.

La fama de las dos jóvenes y lindas cantantes habia corrido todos los ámbitos de la capital, y la concurrencia se apresuraba á rendir un justo tributo á su relevante mérito, aplaudiéndolas sin cesar y rindiendo á sus plantas brillantísimas ovaciones.

Apenas serian las ocho, cuando ya estaban ocupadas todas las localidades, incluso los palcos, por los cuales giraremos una visita antes de que se levante el telon.

Los primeros que se ofrecen á nuestra vista son los de platea.

El señalado con el número dos, pertenece al empresario. Ya su linda hija ha tomado asiento, y acompañada de otras amigas, dirigen los gemelos al numeroso público que se impacienta porque no ve levantado el telon.

— ¡Cómo se van á lucir! decia la hija del empresario. ¡Oh! las aseguro un triunfo completo.

— Ya lo creo, contestó su padre; es una ópera nueva, donde las dos hermanas tienen papeles muy importantes.

— Yo no sé á cuál de ellas admirar mas, dijo una de las señoras. Las dos son encantadoras, por su belleza y por sus virtudes, y su mérito artistico es tan relevante en la una como en la otra.

— Sin embargo, Lidia vale mucho; canta con una dulzura extremada, y su voz de contralto es preciosa, se oye con delicia, con entusiasmo, y parece que siempre queda en el oido su gratísimo y melodioso eco.

— Como tiple, no es menor el mérito de Rosa. Solo que esta tiene mas energía, mas audacia, mas altivez, si así puede llamarse. Yo comparo á las dos hermanas con la tórtola melancólica que se lamenta en las selvas, y con el águila real que cruza el espacio llena de majestad é inteligencia.

— Es muy exacta la comparacion, y desde luego reconozco á Rosa por el águila y á Lidia por la dulce tortolilla.

Dejemos que las jóvenes prosigan su conversacion, y vamos al palco número cuatro, donde acaba de entrar una señora anciana, en cuyo brazo, aunque mas bien que prestar necesita sosten, se apoya otra señora de unos cuarenta años, y cuyo rostro, pálido y demacrado, revela una larga serie de amargos padecimientos.

Eran la marquesa del Rio y Leticia.

Apenas hubieron tomado asiento, cuando, abriéndose la puerta del palco, apareció el conde de Cinkar.

— ¡Hola! mi querido conde; ¿vos tambien por acá? dijo la marquesa alargando con amistosa efusión la mano, que se apresuró á estrechar el recién llegado.

— Vengo sin duda, con el mismo objeto que vos, á escuchar por primera vez esos peregrinos portentos, cuya fama corre de boca en boca.

— Tambien nosotras, conde, venimos hoy al teatro

atraídas por ese universal aplauso, que ha resonado hasta el fondo de nuestra pacífica morada.

— Y lo que mas admira y excita la curiosidad, es el misterio de que se han rodeado esas jóvenes cantantes; nadie las conoce, nadie sabe su nombre, y su vida es tan excéntrica y misteriosa como debe serlo su historia.

— He oído decir que el empresario las protege.

— Yo tambien; pero unos las suponen personas distinguidas que viajan de incógnito, y se han detenido en Madrid á dejarnos embelesados con su armonia, y otros afirman que son unas aventureras sin nombre ni fortuna.

— La verdad es que su mérito debe ser grande, cuando han conseguido tan brillantes ovaciones, creándose en diez ó doce dias que llevan en el teatro un renombre distinguidísimo.

— En cuanto á eso, pronto vamos á juzgarlas por nuestros propios ojos.

Durante el diálogo del conde y la anciana marquesa, Leticia no separó la vista de un palco que tenían enfrente.

— ¿Qué os llama la atención, mi querida Leticia? preguntó el conde.

— Aquella hermosa niña con traje azul y blanco; miradla, qué semblante tan dulce y tan expresivo tiene; inspira desde luego una profunda simpatía.

— ¿Pero no la conoces? exclamó la marquesa.

— Me parece haberla visto.

— ¡Es la condesita del Palancar!

— ¡Y es verdad! si tengo á veces la cabeza tan débil, que pierdo hasta la memoria.

— La acompaña la baronesa de Pereival, añadió el conde.

— Sí; es su tia, ó al menos la llama su sobrina, y frecuenta la casa con mucha intimidad.

— ¿Y es cierto ese parentesco?

— A mí lo que me consta y puedo asegurar de positivo, es que el abuelo materno de Honorata, Jorge del Palancar, era hermano mayor de la baronesa, conde como primogénito de la casa; por esta razon, el título ha recaído en su nieta, lo cual en su juventud no sentó muy bien á Flora, que siempre fué orgullosa y altiva. Ahora parece que con el destierro ha sufrido una gran modificación su carácter.

— Creed mas bien que hay mucho artificio en su conducta y en su persona.

— No la juzgues mal.

— Tengo pruebas para creerla una intriganta, y para convencerme del todo, aguardo nuevos datos, por lo cual suspendo mi juicio hasta entonces.

— Sí, mas vale no aventurarse.

— Y aquella otra señora que está con ella, ¿quién es? preguntó el conde, examinándolas detenidamente con sus gemelos.

— La marquesa de Pinares, y el gallardo caballero que se apoya en el respaldo de su silla, es Rogelio, su esposo.

— ¿Los tratáis?

— Muchísimo; es una familia muy apreciable, y sobre todo la marquesa posee un carácter tan angelical que encanta.

— He oído elogiar mucho sus virtudes, y desearia tratarlos de cerca.

— Si quereis, yo os presentaré.

— Lo acepto con placer.

— No tardaré en complaceros, pues estoy segura que así que nos vea Rogelio, vendrá á visitarnos y aprovecharé el momento para recomendarle vuestra amistad.

— Ya os ha visto, porque ha saludado.

— Es verdad; exclamó la anciana marquesa correspondiendo á su saludo, y demostrándole con un signo que deseaba hablarle.

— Os ha comprendido, y ya viene sin duda.

Con efecto, poco despues, el gallardo y simpático marqués de Pinares, saludaba á la del Rio y á Leticia con el mas afectuoso cariño.

— Os he llamado, mi querido Rogelio, con el único objeto de presentaros á mi amigo el conde de Cinkar, con el que sin duda simpatizaréis desde luego, por la nobleza de su carácter, y además porque ambos habeis sido victimas de la farsante princesa de Florini.

— ¿Luego sois el conde italiano de cuya aventura tanto se ha dicho?

— Vuestro servidor y amigo, contestó el conde inclinándose.

— ¡Oh! pues creed que tengo un placer vivísimo en estrechar con vos mis relaciones de amistad.

Tendió con la mayor franqueza ambas manos al extranjero, que las estrechó con efusion, simpatizando con vehemencia desde aquel momento los dos nuevos amigos.

— Sentaos, marqués, si quereis ver la representacion desde aquí, pues acaba de sonar la campanilla que anuncia va á levantarse el telon.

— Gracias, me marchó; volveré luego.

— En el primer entreacto pasaré á vuestro palco, le dijo el conde.

— Me alegro, con eso os presentaré á mi esposa y á Honorata.

— Os lo agradeceré al propio tiempo que lo deseo.

El marqués salió, y el conde, ocupando un asiento, se preparó á oír, no la ópera, que la sabia casi de memoria, sino á las jóvenes cantantes que eran la admiracion de la corte.

El telon estaba levantado, y los acordes de la orquesta embriagaban al espectador de dulcissimas y plácidas emociones.

## VII.

## EL PRIMER ACTO.

El primer acto de la magnífica ópera en que por primera vez se presentaban reunidas las dos hermanas, fué oído por el inmenso y escogido público que llenaba el teatro, con el mas religioso silencio.

Al presentarse en escena nuestra simpática Rosa, el escenario se cubrió de flores y los entusiastas aplausos resonaron de todos los ángulos, saludando la aparicion de la jóven y hermosa cantante.

Vestia un precioso traje, adecuado al papel que representaba y con el cual aparecia su esbelta y arrogante figura, mucho mas majestuosa y altiva. Su airoso porte y sus distinguidos ademanes, resaltaban naturalmente al verse objeto de la entusiasta admiracion de un público tan ilustrado. La emocion y el agradecimiento mas puro, advertíanse en su rostro, al propio tiempo que la luz de una inteligencia elevada, el destello de un genio poderoso brillaba en su serena frente.

Despues de corresponder al unánime saludo con que fué recibida, comenzó su canto con voz clara, entonacion robusta, vigorosa, prosiguiendo todo el acto sumamente inspirada y feliz.

Millares de ojos tenían fija en ella la vista, millares de oídos estaban suspensos de su voz, millares de corazones latian con embriaguez embelesados por aquella armonia, por aquel canto mágico, divino, encantador.

En el palco número cuatro, habia dos personas que la contemplaban, no solo con admiracion, con éxtasis, sino profundamente conmovidas y con lágrimas en los ojos.

Eran Leticia y el conde de Cinkar.

— ¡Oh, es ella... ella! murmuraba la viuda de Simon medio trastornada y mirando á Rosa con delirio.

— ¡Oh, es Rosa... es mi querida discípula!... exclamaba á media voz el conde, escuchando con profunda atención y sin atreverse á respirar por no perder una nota.

La cantante terminó con universal aplauso un aria difícilísima, y cuando todos los bravos y las palmadas resonaban por doquiera, el conde y Leticia dejaron correr de sus ojos un raudal de lágrimas.

Sin desaparecer Rosa de la escena, se presentó Lidia con un traje ideal, fantástico... hermosa como nunca, con la llama del genio brillando en su fisonomía, en sus ojos, en todo su ser. Salió cantando, y al verter sus armónicos acentos sobre aquel pueblo que con éxtasis la escuchaba, un doble grito resonó en dos palcos de platea.

— ¡Ellas son... las dos... las dos... Lidia y Rosa!... gritó sin poderse contener el noble italiano.

— ¡Mis hijas... mis hijas!... murmuró con voz ahogada Leticia.

Y ambos, enajenados, fuera de sí, tendieron los brazos hácia ellas, llamando con tan espontáneo ademán la atención de las personas inmediatas.

En el palco que ocupaba la familia de Pinares, ocurría una escena parecida. Honorata, al ver á Flor del Espino, la reconoció instantáneamente. Una sola mañana la habia visto en las alamedas del Retiro, pero quedaron grabadas sus facciones en la turbada mente de la jóven condesa, que despues no la pudo olvidar. Así fué, que al aparecer en las tablas, su primer impulso sin poderse contener, la hizo extender ambas manos hácia ella, y con la mirada fija y el pecho palpitante gritó:

— ¡Oh, ella... ella!...

— ¿Quién, hija mia, qué dices? la preguntó la marquesa acercándola hácia sí, en tanto que Rogelio y Flora escuchaban con admiracion á la jóven cantante.

— ¡Oh, esa mujer... esa que canta... es Lidia... la que me ha robado el corazón de Rafael!

— ¿Estás segura?...

— Sí, sí; la conozco perfectamente, y aunque mi vista se equivocase, el corazón no se engaña... ¡Ved cómo tiemblo!...

— ¡Esa mujer es un genio... una notabilidad... y yo, pobre de mí, solo poseo para luchar contra ella, un amor grande como el infinito!...

Honorata calló, y aunque pálida y afectada en alto grado, se dispuso á seguir escuchando.

— ¿Quiéres que nos retiremos? la dijo la marquesa.

— ¡Oh, no! voy á juzgarla hasta el fin, sabré si es digna de su amor.

Ni una palabra mas volvieron á pronunciar; desde aquel momento todo fué admiracion, aplausos y una ovacion constante y prolongada.

Cuando cayó el telon, los espectadores pudieron respirar con libertad, sus sentidos habian permanecido suspensos, absortos...

El conde de Cinkar levantó la cabeza, volviendo de su profunda abstraccion.

— ¡Oh, las dos, las dos son un prodigio!... exclamó la anciana marquesa, ¿pero os vais, conde?

— Sí, voy á verlas de cerca.

— ¿Las conocéis?

— Son mis discípulas.

— Os acompaño, dijo Leticia levantándose y tomando con resolucion el brazo del conde.

En las ablatas facciones de la pobre loca brillaba un rayo de luz. Diríase que la razón habia recobrado su dominio, despertando al poderoso grito de la naturaleza.

— ¿Y dónde vas? ¡Tú no las conoces! dijo la del Rio,

admirada del súbito cambio que advirtió en las facciones de Leticia.

— Mi corazón las reconoce.

— ¡Qué cosas tienes! Tambien dirás que son tus hijas, como la jóven que vimos en casa del pintor.

— Vamos, vamos; murmuró con impaciencia sin hacer caso de la marquesa y arrastrando tras sí al conde.

En el palco de la marquesa de Pinares tambien se hablaba con superior encarecimiento de las dos hermanas.

Flora salió con el pretexto de visitar una amiga que se hallaba en un palco inmediato, y habiendo quedado solos con Honorata los dos esposos, dijo la marquesa á Rogelio:

— ¿No conoces á la hermosa jóven que acaba de encantarnos con su melodía?

— Es la primera vez que la veo.

— Tenemos con ella una gran deuda de reconocimiento, y al propio tiempo nos ha causado un pesar muy grave.

— ¿Pues quién es? No adivino... contestó el marqués pensativo.

— Ese portento de belleza y de talento es Lidia; la que con su aviso os salvó del puñal de los asesinos en las montañas de Navarra, y la que ha sabido cautivar el corazón de Rafael hasta el extremo de vernos precisados á desterrarle de la corte por temor al poderoso influjo de esa sirena.

— ¡Honorata lo sabe! ¡Mira qué triste está!

— Ella es la que me lo ha dicho.

— En ese caso no debeis permanecer aquí; retiraos.

— ¿Y tú?

— Yo me quedo.

— ¿Pretendes hablarla?

— Si puedo conseguirlo, sí.

La marquesa, volviéndose hácia Honorata, que ni una palabra habia escuchado del anterior diálogo, la dijo:

— Hija mia, estás pálida, yo bastante afectada, y al vernos así Rogelio desea que nos retiremos.

— Si mi querido padrino lo manda y vos os sentís mal, obedezco con gusto, aunque tendria un placer en oír la ópera hasta el final.

— ¡Ah, no, sufrirías demasiado!

— Pero acabaré de formar mi opinion con respecto á su mérito.

— Para eso has oído lo suficiente.

— ¡Es verdad! como cantante es un genio sorprendente, una maravilla en el arte; como mujer, un portento de hermosura: si su parte moral corresponde á estas cualidades, os confieso desde luego que saldré derrotada, perdiendo el corazón de Rafael.

El doloroso tono con que la condesita pronunció estas palabras, hicieron conmovér á su madrina, la que despues de prometerla que abreviarían su boda lo posible para que no abrigase temores de ningun género, se la llevó del teatro sin aguardar á Flora.

Entre tanto el conde de Cinkar y Leticia pretendieron ver á las dos hermanas, y no pudieron conseguirlo, porque estas no recibían en el teatro absolutamente á nadie; sin embargo, uno de los porteros se encargó de llevarlas una tarjeta, en la cual escribió el conde algunas frases.

Empero no tuvieron mas remedio que volverse á su palco, porque el telon estaba próximo á levantarse.

Cuando Rosa recibió la tarjeta del conde de Cinkar, exclamó con viva alegría:

— ¡Oh, qué felicidad! nuestro querido maestro está aquí: nos ha reconocido y desea vernos esta noche.

Luego, volviéndose hácia el criado que esperaba la contestacion, le dijo:

— Cuando vuelva este caballero, introducidle inmediatamente en nuestro cuarto, y si no estamos allí que aguarde.

Flor del Espino participó del regocijo de Rosa, y en sus expresivos semblantes brillaba la mas pura satisfaccion.

## VIII.

## EL SEGUNDO ENTACTO.

— ¿Cómo tan sola, mi querida marquesa? dijo Rogelio entrando en el palco de la del Rio.

— El conde y Leticia han ido á visitar á esas encantadoras niñas.

— Y no lo han conseguido, dijo el mismo conde presentándose en el hueco de la puerta que aun permanecía abierta.

— ¡Hola, amigo mio! ¿luego las conocéis?

— Son mis discípulas; por espacio de ocho años han estado aprendiendo bajo mi direccion la música y el canto.

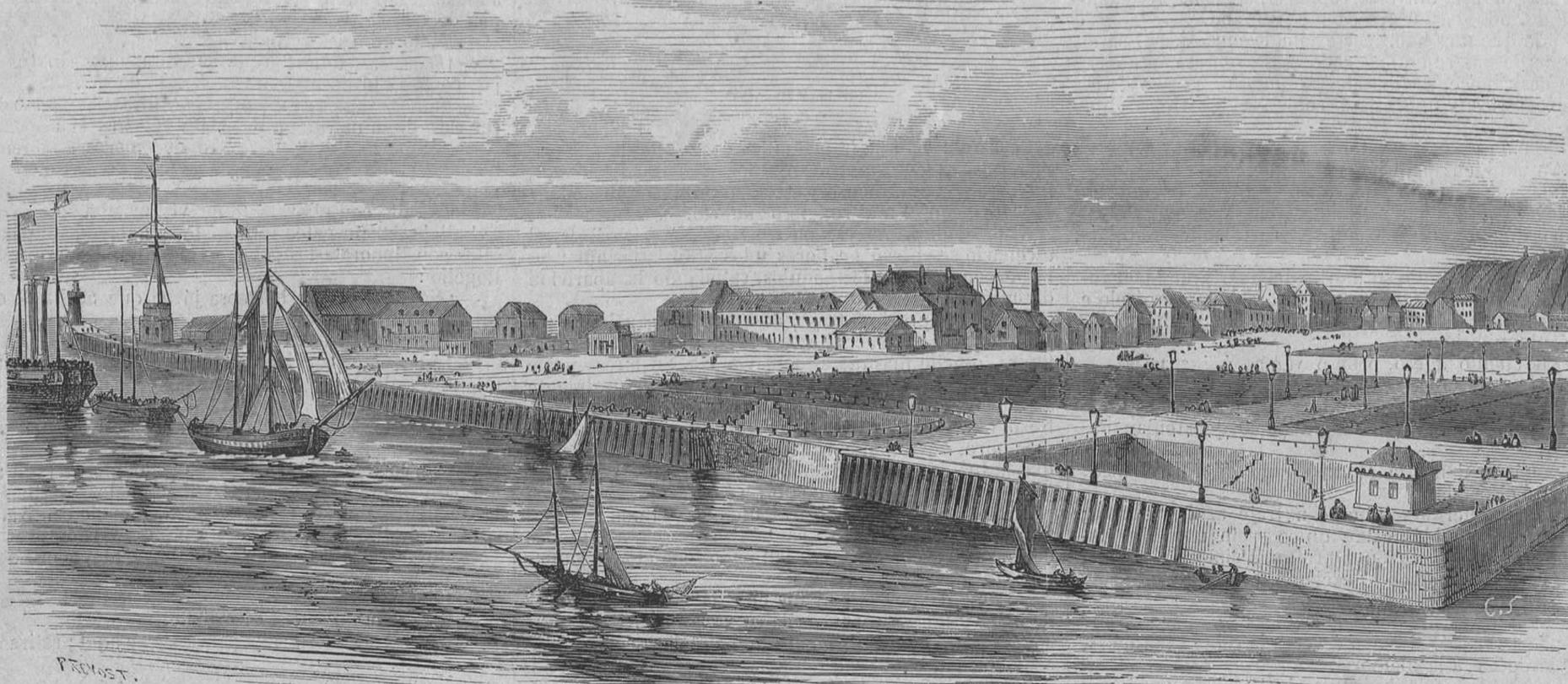
— Podeis estar envanecido, porque os honran admirablemente.

— Apenas comencé á escucharlas las reconocí, aunque no las he visto desde pequeñas.

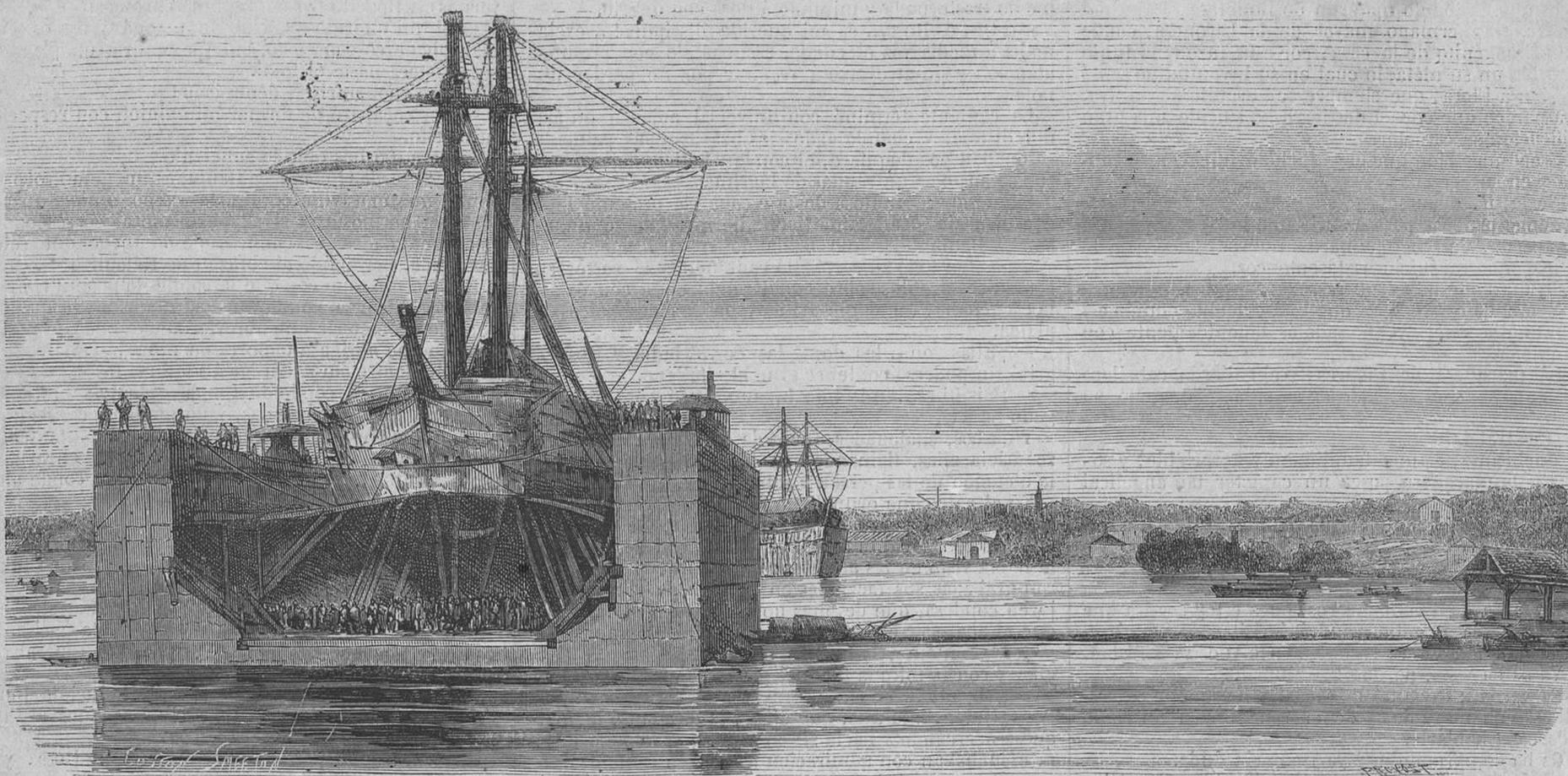
— Entonces nos direis, si segun se dice, son unas aventureras ó personas distinguidas.

— No podré satisfacer vuestra curiosidad, mi querida marquesa; os puedo decir únicamente que durante uno de los tristísimos y amargos periodos de mi borrascosa vida las ví en París; eran unas niñas de seis á ocho años, y estaban en poder de una horrible vieja que las martirizaba sin piedad, haciéndolas pedir limosna en las calles, y teniéndolas casi desnudas y muertas de hambre y frío.

(Se continuará.)



Nuevo aspecto de la entrada del puerto del Havre.

La fragata la *Perseverante* en el dique flotante de Saigon.

### Las obras del puerto del Havre.

Las obras de ensanche y de rectificación efectuadas en el canal del puerto del Havre, se han dividido en tres clases. La primera, que se acabó en 1862, y era seguramente la más difícil, se emprendió en 1861, y se prosiguió vigorosamente. Los ingenieros no solo tuvieron que luchar con la abundancia de las aguas, sino que tropezaron con serios obstáculos en cuanto al asiento de las fundaciones, de las cuales una parte se hizo por medio de cuadros de ladrillos, vacíos en medio, para que se pudiera desaguar el terreno y operar su bajada hasta la debida profundidad, y la otra sobre estacas, hacia el Oeste, á causa de la ausencia de tierra en este punto, donde no se halló mas que casquijo.

La segunda parte entregada en 1864, consiste en el establecimiento de un refugio conocido con el nombre de Ensenada de los Pilotos, y afectado especialmente al apostadero de sus barcos de pesca.

Quedaba la tercera parte, que comprendia la desaparición de las ruinas de la torre de Francisco I y de los muros del Oeste, que se conservaban por medida de prudencia sobre una anchura de 16 metros; y luego la

continuación de un malecón lleno hasta la Ensenada de los Pilotos, ó la construcción de un segundo tajamar, si demostraba la experiencia que era necesario.

Se ha esperado pues para juzgar los efectos de un tajamar único; se ha observado atentamente la marcha de las olas á su entrada en el ante-puerto, y aunque los resultados hayan sido muy concluyentes, sobre todo con el socorro de la Ensenada de abrigo, se han querido aumentar todavía los medios de acción construyendo el segundo tajamar que hoy funciona.

La mejora producida por la rectificación del muelle del Norte, aumenta el ancho del paso uniformemente á 80 metros, desde el extremo Oeste del primer tajamar, hasta el nacimiento de la Ensenada de los Pilotos, punto que antes ocupaba la torre de Francisco I.

Al extremo del muelle del noroeste figura un elegante pabellon semafórico construido por orden del tribunal de Comercio, para reemplazar el mástil de señales que se hallaba en la torre de Francisco I.

Diferentes obras militares ejecutadas en la plaza de Provenza, han cambiado completamente su aspecto, y en lugar de los antiguos fosos de la ciudad, hay en el día un magnífico baluarte llamado de Francisco I, que pone en comunicación directa el muelle con el baluarte Imperio.

Todas estas obras, así como las que se hallan en curso de ejecución, deben hermosear sobremedida la ciudad del Havre.

L. C.

### La fragata la *Perseverante*

EN EL DIQUE FLOTANTE DE SAIGON.

En nuestro número 711 publicamos un dibujo que representa el dique flotante construido de hierro, y botado últimamente en Saigon. El 8 de agosto último comenzó á funcionar este dique: recibió la fragata la *Perseverante*, y fué levantado inmediatamente. La quilla de la fragata está á descubierto. Este hermoso buque, colocado entero fuera del agua, presenta un aspecto imponente que ha llamado mucho la atención de los indígenas, pues jamás habían visto fuera del agua un buque de tales dimensiones.

A.